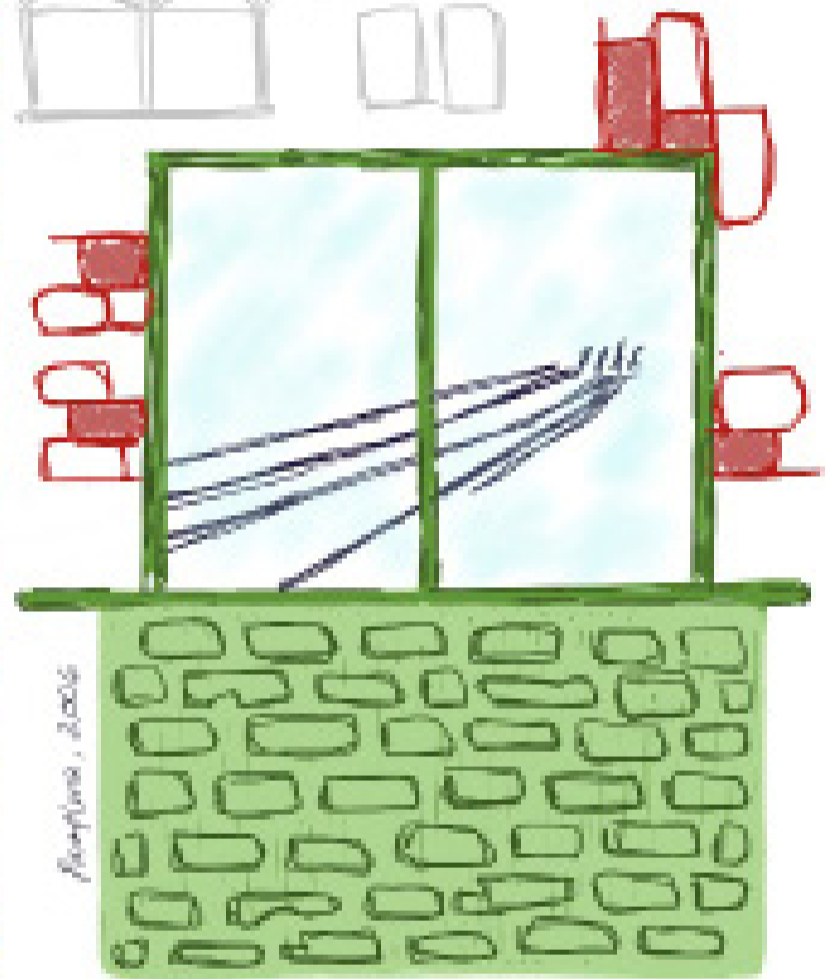
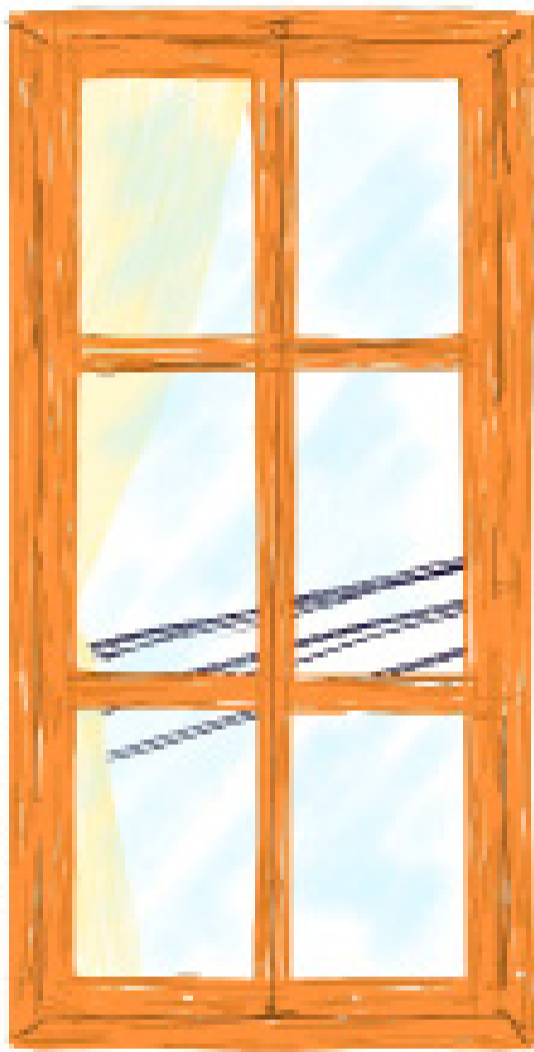


en busca de un



HOGGAR



Los recuerdos de Silvia, las risas de Yao, las vivencias de Ainhoa, su hija, y la inocencia de Ezequiel, el pequeño de la casa, son la mejor ilustración de cómo se deletrea la palabra integración y cómo se crea un hogar en un país que no es el suyo.

Una Puerta
que se
Cierra



Plantilla de trabajadores de la Cooperativa Once de junio. Silvia se ubica en el segundo lugar comenzando por la derecha.



Silvia y Yao el día que se conocieron en Camilo Ponce Enríquez.



Yao el día que cogió su vuelo hacia a Alemania.

Solo un salto al vacío. Escuchar los sollozos de tu madre, como una súplica desesperada, y comprender, en un asentimiento interior, que vas a dar el paso. Soltar con la mano temblorosa todo lo que hasta ahora habías vivido y amado, y sonreír a un mapa vacío. Salir de casa y sospechar, casi como una certeza, que no vas a volver nunca. El salto al vacío de Silvia sonó a portazo, a suspiro abnegado. Sonó a una joven de 23 años que lanzaba una moneda al aire. Cara o cruz. En cada vuelta, un envite a la vida. A su vida.

Cara, un trabajo estable en Quito, capital de Ecuador. Trabajar en la banca. Tener una familia. Una casa. Jueves de tomar el café con mamá. Viernes de película en familia. Sábado de paseos por Machala con las chicas. Salió cruz. En el fondo de su corazón, Silvia sonrió.

Nos lo cuenta detrás de un mostrador en el Café Iruña de la calle Pintor Asarta. En sus ojos cansados podrían adivinarse los más de diez años dedicados a la banca de créditos, la mirada cariñosa de una madre con dos hijos o la incertidumbre de crear un hogar en dos países, en tres ciudades.

«Nunca pensé en dedicarme al mundo de la banca y las finanzas, pero la situación en casa no estaba bien. Mi padre nos abandonó y mi madre no tenía trabajo». Algo en su interior le hablaba de una ausencia que nunca se iría del todo. Adivinaba en su corazón una grieta, una escisión que la recorría de arriba abajo. Aquella ruptura no solo transformó su familia, sino que despedazó sus sueños. Pero ella no desesperó. Levantó la cabeza y miró hacia adelante con una fuerza que aún hoy podemos reconocer en su rostro. Decidió volver a soñar. Sueños que empiezan con una carrera universitaria.

«Cuando pude elegir licenciatura, me decidí por la que me permitiese traer dinero a casa enseguida. Terminé decantándome por Administración y Dirección de empresas». Rodeada de números y estadísticas, Silvia encontró en la Universidad Técnica de Machala algo parecido a un hogar. Por primera vez en años, descansó. «Yo siempre he disfrutado la universidad. Fue como un momento de calma. De todo el corre-corre que siempre había tenido desde los 14, o antes». No obstante, la hora de despertar se acercaba. Había que conseguir llevar dinero a casa. Silvia encontró trabajo en la Cooperativa de Ahorro y Crédito Once de junio. No sospechó jamás que en aquella banca encontraría a sus mejores amigas.

«Trabajar, estudiar y copas. Todo al mismo tiempo». La vida universitaria. Todo a la vez y en ese orden. En la pequeña vivienda de Machala, una familia despertaba a las 6 de la mañana. La universitaria de la casa tenía que irse a trabajar. A las 8 cruzaba las puertas de la Once de junio. Tras encargarse de administrar todo tipo de créditos rurales, corría para no perder el autobús de las 19. Media hora después llegaba a la universidad. Lo aplicado por la mañana lo aprendía por la noche. El mismo bus que la había llevado de la cooperativa a la facultad la devolvía al punto de origen. «En casa no había ordenadores, tampoco internet. Por eso, el director de la banca nos ofreció quedarnos por la noche para poder adelantar

deberes y estudio». A las 4 de la mañana llegaba a casa. La alarma sonaría en 1 hora y 58 minutos. A menos que fuera viernes. Entonces no había alarma. Silvia no dormía. «Cuando mi hija me pide permiso para salir de fiesta y no trabajar al día siguiente, se lo niego. Le digo que venga a trabajar sin dormir. Entonces es ella la que se niega. Yo recuerdo aquellos años y sólo puedo reírme».

Un desencuentro para siempre

Como quien mira una cicatriz, Silvia recuerda perfectamente aquella semana. Jueves: sentada en su mesa, miró a un lado. Luego miró al otro. Todo, desde la calculadora que tenía en su mesa hasta su uniforme de tonos rosados, le hablaba de una victoria, un sueño que iba cogiendo forma. Sonó el teléfono de la oficina. «Silvia, niña, es para ti. Te llama Fernando». A lo que llamamos novios, Silvia les dice enamorados. Deja claro que no es lo mismo: «Los enamorados pasean de la mano y poco más». Salían enamorados, pero él había lanzado la moneda al aire hacía tiempo. Se fue a vivir a Alemania, y parecía que una línea más fina y sutil que la telefónica los separaba. Sus corazones se distanciaban, y ella descubría paulatinamente el invierno del sentimiento.

Viernes: bajó del coche en Camilo Ponce Enríquez, una ciudad que dista cerca de 40 kilómetros de Machala. Un viernes, Silvia debería estar trabajando, para ella, cualquier otra cosa era insostenible. No obstante, su director no pensaba igual. «Yo tenía muchísimo trabajo en la empresa y mi jefe me obligó a coger vacaciones. Nunca había cogido vacaciones». Aprovechó el descanso para visitar a Mariela, una amiga que conoció en Once de junio, y que se había mudado. «Me llevé a sus oficinas y me senté en un banco. Ahora vuelvo, terminé de trabajar unas cosas y estoy contigo. Mentirosa, iba a estar casi todo el día trabajando». Silvia no puede contener la carcajada al relatarlo. Separada de ella por una sencilla pared, en la empresa de al lado, Explomin, suministrador de explosivos para las minas de oro, trabajaba Yao. Cuando ella se cansó de esperar y a él le ganó la impaciencia del trabajo, coincidieron en la acera. Se habían visto antes, pero la primera la olvidaron rápido, fue tan solo un intercambio cortés de saludos esa misma mañana. Del segundo encontronazo se acordarían toda su vida.

De qué no hablarían estos jóvenes, casi desconocidos, sentados en el bordillo. Qué carcajadas resonarían al abrigo de las calles de Ponce Enríquez. Él le hablaría de sus vacaciones en las arroceras en el Cabo de Lampa, cuando se proclamaban los reyes del mambo con su Nintendo, retrataría a su familia —su padre ingeniero agrónomo, su madre maestra, su hermano Yuri, su tía Carmen, que vivía en Madrid—, contaría sobre su trabajo, sobre por qué no quiso estudiar una carrera universitaria. Con una litrona cada uno, los sentimientos crecían con el paso del tiempo. Un taconeo indicó a la pareja que Mariela había terminado su jornada y se acercaba a recuperar a su amiga. Silvia se giró para despedirse y vio las litronas en el suelo. Buscó su cartera en el bolso. No lo encontró. Fue entonces cuando recordó dónde lo había dejado: en el coche de Mariela. Enrojeció, fruto de la vergüenza: ella, que nunca se dejaba

invitar, que siempre lo había pagado todo diligentemente y sin retraso, que había aprendido lo que vale cada una de las monedas de su cartera, se había olvidado el bolso. Silvia se dejó invitar por primera vez en la vida.

Sábado: No salió de casa. Se quedó con un libro. Pasaba las páginas, sí, pero ni siquiera era capaz de centrar la mirada en ellas. En su corazón había brotado la duda como una hiedra pegajosa. Por mucho que lo intentara, no lograba deshacerse de ella. No sabía lo que sentía, tampoco lo que quería sentir. Tenía como única certeza la conversación del día anterior. La inquietud la invadía a una velocidad vertiginosa, no conseguía controlarla. Silvia recurrió a su botón del pánico, aquello que sabía hacer muy bien, lo que la sacaría de la situación en la que se encontraba; controlar las emociones y seguir adelante. Comenzó a jugar con una moneda. Salió cruz. La escondió debajo de la cama.

abrieron una cicatriz. Estaban en el interior de una carta. Procedía de Camilo Ponce Enríquez. La firma, de tres letras, puso patas arriba la vida de Silvia.

Ella abrió los ojos, él los brazos, solo tenía que abrazarla, y ella cerrarlos y soñar. Soñar con un futuro incierto, pero con la certeza del amor de Yao. No dejaban de hablar cuando salían: de negocios, de emprendimiento, de banca. Él lo recuerda bien. «Cuando le enseñé a Silvia la licorería de la que acababa de hacerme cargo, sentenció: Tiene potencial. Pide un crédito». Así, aquella acera, antes sucia, descuidada y grisácea, se convirtió en el punto de encuentro de los jóvenes de Machala. Bancos, una parada de autobús y una cancha en medio de la acera. Yao no tardó en regentar una de las licorerías más exitosas de la ciudad. Él vivía así: emprendedor, con una verdadera ambición por hacer cosas grandes, de romper la norma, de jugarse la suerte de un día en una moneda al aire.

Otra vez: «Nos vemos, mi amor». Otra vez Alemania. Otra vez, pero ahora diferente.

Yao cogió el vuelo. Llevaba una maleta exageradamente grande para su cometido: no llamar la atención en la aduana. Tenía que pasar inadvertido. Puso en práctica el único consejo que le dieron: «Huye de los ecuatorianos, que en el aeropuerto no te vean con ellos». En Alemania lo detuvo un guardia de seguridad. Se había quedado impresionado por el cinturón que llevaba Yao, con el emblema de Harley Davidson. «Gracias agente», sonrisa, y pasos lentos. Silvia esperaba en Machala, deseando con todo su corazón no estar allí, en su casa, sino con Yao, rumbo a España.

1998. Aquel año Silvia perdió todas sus expectativas y sueños. Aquel año no estuvo sola en el dolor. Tampoco derramando lágrimas. Aquel año todo Ecuador lloró con Silvia. El Fenómeno del Niño devastó gran parte de los cultivos del mundo rural ecuatoriano. Un desastre que inme-



Silvia delante del bus que le conduciría a Quito antes de volar a Madrid.

“

Nunca le dijo a sus amigas que volvía a estar soltera. Aunque lo estuvo por poco tiempo, hasta el día en el que aparecieron las rosas en su mesa”.

“

Yo soñaba con lograr algo por mí mismo. Conseguir un trabajo, ser autónomo. Aproveché que teníamos una tía, ñaña Carmen, viviendo en Madrid”.

Unas rosas en la mesa

Banca, facultad, copas. Silvia volvía a su día a día. No obstante, las jornadas ya no sabían a cotidianidad. El teléfono de la Once de junio se había roto, y con él se fue el tenue hilo que la unía a Alemania. Ella lo había roto. Nunca le dijo a sus amigas que volvía a estar soltera. Aunque lo estuvo por poco tiempo, hasta el día en el que aparecieron las rosas en su mesa. Rosas crueles, inmisericordes. Rosas que

Silvia y Yao. Yao y Silvia. Once de Junio. La licorería. Juntos, de la mano, parecían correr entre nubes, la ilusión como brújula, un nuevo hogar como destino. Su futuro hogar en Machala parecía construirse a pasos agigantados. Pero entonces ocurrió. «Nuestra licorería iba cada vez mejor. Caímos en la cuenta de que la clave de nuestro negocio consistía en abrir toda la noche. Sólo así podríamos dar un salto hacia adelante y convertirnos en una de las licorerías más prestigiosas de Machala. Cuando mi padre se enteró, se negó sistemáticamente. No. Él siempre se ponía muy férreo para este tipo de cosas. Así que, enfadado con él y cansado por la falta de libertad, decidí irme del país».

Silvia contiene la respiración. Mira hacia arriba. La moneda da vueltas en el aire. En su cabeza, un pensamiento: otra vez no, por favor. El choque metálico contra el suelo. Cierra los ojos. Baja la cabeza. Mira: cruz. Yao se va a España.

Una ausencia imprevista

«Yo soñaba con lograr algo por mí mismo. Conseguir un trabajo, autonomía. Aproveché que teníamos una tía, ñaña Carmen, viviendo en Madrid. Sin pensarlo dos veces, pillé los billetes, me despedí de Silvia y cogí un avión a Berlín. Una vez en Europa, llegar a Madrid sería sencillo». Silvia conocía esa sensación, el dolor que traspasa un corazón cuando un sueño se rompe. Las lágrimas de despedir a alguien.

diatamente puso en jaque la economía nacional, que no estaba preparada para reaccionar ante una situación así. La solución financiera fue casi peor que la causa: ordenaron a las bancas de crédito cerrar cuatro días. Ella lo vivió en primera persona. «Un día bajó el gerente y nos dijo: Al mediodía se van a cerrar todas las cuentas bancarias, no se va a poder retirar nada. En ese momento yo tenía la libreta de mi madre, conseguí sacar todos sus ahorros, teníamos esa información privilegiada. Después del mediodía, nadie pudo sacar su dinero de las cuentas». Mucha gente veía su vida desvanecerse en sus manos. Silvia no. La situación era terrible, sí, pero ya tenía el pretexto. La joven de 23 encontró por fin una razón para abandonar el país e ir corriendo a los brazos de su amado.

«Mi madre, muy liberal con estas cosas, me dejó decidir libremente mi futuro. Aunque yo sabía que le dolía en el corazón. Mis tíos, en cambio, pegaron el grito al cielo. Me buscaron trabajos buenísimos en Quito para que me quedara».

Silvia hizo un nudo a un billete. «Lo hacemos cuando sentimos inseguridad ante lo que va a venir». Lo guardó en su cartera y cerró de un portazo. Cara, un trabajo estable en Quito, capital de Ecuador. Trabajar en la banca. Tener una familia. Una casa. Jueves de tomar el café con mamá. Viernes de película en familia. Sábado de paseos por Machala con las chicas. Salió cruz. En el fondo de su corazón, Silvia sonrió.

LOS NÚMEROS DETRÁS DE LAS PERSONAS

Se suele hablar de las personas detrás de los datos. Y sí, cada uno de los números que aquí se presentan es un ser humano con su historia y su mundo. Pero no hay que perder de vista que también representan

algo más que a ellos mismos: el fenómeno de la migración habla sobre las condiciones de los que viajan, tanto antes como después de dejar sus países, de quiénes y cuántos son, y cómo lo hacen.

LEGALIDAD DEL VIAJE

En 2024 (hasta el 15 de noviembre) llegaron **54.216** inmigrantes irregulares por vías marítima y terrestre

- 51.849 por vía marítima
 - 12.087 a la Península
 - 39.713 a Canarias
 - 28 a Ceuta
 - 21 a Melilla
- 2.367 por vía terrestre
 - 2.281 a Ceuta
 - 86 Melilla

En 2023*, fueron **56.852**, mientras que en 2022 la cantidad fue de **31.219**.

REFUGIADOS

En 2023, de **163.220** solicitantes de asilo en España, **86.004** (53 %) fueron hombres y **77.216** (47 %) mujeres.

MENA

Entre enero y octubre del 2023, llegaron **10.738** MENA a España. **133** llegaron a Navarra.

TIPO DE DOCUMENTACIÓN DE LOS MIGRANTES REGULARES*

TIPO DE DOCUMENTACIÓN	PERSONAS	VARIACIÓN SEMESTRAL
Autorización	3 092 590	5%
Certificado de registro	3 723 446	1%
TIE-Acuerdo de retirada	211 774	1%



EDAD DE LOS INMIGRANTES

Al 1 de octubre del 2024*, llegaron a España:

872.669 (13 %) niños entre 0 y 14 años

5.065.337 (75 %) personas entre 15 y 59 años

797.481 (12 %) mayores de 59 años

En 2021, llegaron a Navarra:

2.008 (15 %) menores de 15 años

10.546 (78 %) personas entre 15 y 59 años

978 (7 %) mayores de 59 años

POBLACIÓN EN ESPAÑA*

42.210.548 nacionales

6.735.487 extranjeros

Total: 48.946.035

SEXO DE LOS INMIGRANTES

Al 1 de octubre del 2024* hay:

3.397.698 (50,44 %) hombres extranjeros

3.337.789 (49,56 %) mujeres extranjeras

residentes en España.

En 2021, llegaron a Navarra 13.532 inmigrantes procedentes de otras nacionalidades:

7.303 (54 %) hombres

6.229 (46 %) mujeres

NACIONALIDAD* DE LOS LLEGADOS A ESPAÑA 2023

País	INMIGRANTES
Colombia	34.600
Marruecos	25.500
Venezuela	21.200
Perú	15.800
Italia	9.000

LOS PAÍSES CON MÁS EMPADRONADOS EN NAVARRA:

País	EMPADRONADOS EN NAVARRA
Marruecos	19.013
Ecuador	15.261
Colombia	13.551
Rumanía	6.458
Perú	6.132

* Datos provisionales hasta el tercer trimestre del 2024



ABECEDARIO DE RECUERDOS

Cuando uno prepara las maletas, siempre hay un espacio para el sentimiento, para esos objetos que, sin saber muy bien por qué, se hacen indispensables en la vida. No se concibe mudarse sin ellos. Su forma, su olor, sus pequeños defectos, traen un

recuerdo especial. Algunos caben en el bolsillo de la chaqueta y otros en cajas enormes. Al migrar, uno se enfrenta a la tarea de escoger qué momentos de su vida pasada formarán parte de su nuevo hogar.



Rosario Zacarias (México, 39 años) trajo un ALEBRIJE para «tener siempre un pedacito de México».



9 630 Km



Maykel Crego Venciana (Cuba, 45 años) y su mujer viajaron con cinco maletas en las que no podía faltar una BIBLIA.



7 485 Km



Pepe Solá (Argentina, 28 años) conserva el recuerdo de su país en un CINTURÓN: «Es muy típico de mi ciudad, Salta».



10 071 Km



Anastasia Svistova Victorovna (URSS, 38 años) se trajo un DIARIO y la pluma de un periquito que tuvo que dejar en Rusia: «Le enseñé a hablar, lo quería mucho».



5 045 Km



Cecilia Paquette (Estados Unidos, 21 años) conservó todas las EPÍSTOLAS de sus cumpleaños y graduación escritas por sus seres queridos.



6 480 Km



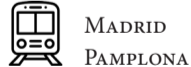
Milagros Quintero (Venezuela, 57 años) vivió tres años en Buenos Aires y luego se mudó a Pamplona. Siempre la acompaña su FRASCO de la Virgende la Milagrosa.



10 373 Km



Sofía Capeans (República Dominicana, 22 años) no es una persona que se viste con GORRA, pero esta le recuerda a su equipo de béisbol favorito.



7 096 Km



María Inés Ramírez (Filipinas, 22 años) llegó con su familia y conserva una chaqueta HAORI.



12 744 Km



María Catarina (Brasil, 22 años) alistó INCIENSO, cristales y otros objetos que pertenecen a su altar.



7 278 Km



Cuando viajó, Rhimo Diouich (Marruecos, 50 años), trajo consigo una JALABA, porque la ropa «la ropa es muy bonita y de buena calidad».



771 Km



Claudia Velazquez (Perú, 25 años) vino con dos recuerdos de sus viajes por Perú: un juego de KERO y una muñeca.

✈️ LIMA – MADRID

9 519 Km



Annie Kinshasa, (República Democrática del Congo, 56 años) conservó su regalo de boda, un LIENZO de la Virgen.

🚢 KINSHASA BRAZZAVILLE ✈️ BRAZZAVILLE PARÍS 🚆 PARÍS PAMPLONA

9 924 Km



Jolexys Dariana Besada (Venezuela, 34 años) llevó en su maleta un MUÑEQUITO del beato y doctor José Gregorio Hernández porque, según cuenta su mamá, hizo un milagro con ella.

🚆 CARACAS CÚCUTA BOGOTÁ ✈️ BOGOTÁ MEDELLÍN MADRID 🚆 MADRID PAMPLONA

10 090 Km



Esther Ferrero (Luxemburgo, 21 años) viaja siempre —incluso cuando es solo un fin de semana— con un NECESER con joyas de su madre y un rosario de su abuela.

✈️ LUXEMBURGO MADRID 🚆 MADRID PAMPLONA

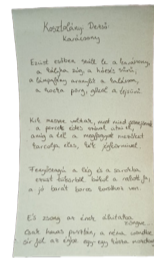
1 675 Km



Vasile Romaniv (Ucrania, 47 años) empacó unas OLLAS hechas a mano, un regalo de su abuela. Solo las utiliza para ocasiones especiales, como Navidad.

✈️ KIEV – MADRID

2 954 Km



Zsombor Lenkei (Hungría, 20 años) conserva un POEMA que escribió, describiendo el frío paisaje del invierno húngaro.

✈️ BUDAPEST MADRID 🚆 MADRID PAMPLONA

2 370 Km



María Amelia Denaison Vallinas (Francia, 19 años) trajo en su bolso de mano QUESO comté, brie y camembert para el menú de su cena francesa.

✈️ PARÍS BILBAO 🚆 BILBAO PAMPLONA

1 058 Km



Indira Méndez (República Dominicana, 52 años) metió un RETRATO de su madre en una maleta pequeña porque, si iba con una muy grande, podrían sospechar que venía para quedarse.

✈️ SANTO DOMINGO MADRID 🚆 BILBAO PAMPLONA

7 096 Km



Nelio Pova (Brasil, 38 años) vino con sus SANDALIAS Havaianas del Club Vasco da Gama: «Puede parecer algo muy simple, pero es una manera de recordar mi país».

✈️ SAO PAULO – MADRID – PAMPLONA

10 027 Km



Un compañero de la universidad le regaló a Andrew Bynum (República Checa y EE. UU., 26 años) una TAZA para el mate, desde entonces le acompaña en todas sus mudanzas.

✈️ NASHVILLE – NUEVA YORK – LONDRES – BARCELONA

7 986 Km



El UNIFORME del equipo local de Monterrey, los Rayados, es un indispensable en el equipaje de Gabriel Dillon (México, 23 años).

✈️ MONTERREY MADRID 🚆 MADRID PAMPLONA

11 684 Km



Salomea Slobodian (Ucrania, 26 años) tuvo que tramitar una visa para su VIOLIN, instrumento que compró al conservatorio en el que estudió toda su adolescencia.

✈️ KIEV BARCELONA 🚆 BARCELONA PAMPLONA

2 892 Km



En la maleta de Andrew Choy (Hong Kong, 19 años) no podía faltar la XO SALSA para recordarle los noodles caseros.

✈️ HONG KONG – DUBAI – MADRID 🚆 MADRID PAMPLONA

12 034 Km



Alexandra Gonzalez (Venezuela, 26 años) se trajo su mat de YOGA para «conectar conmigo haciendo yoga donde quiera que me encuentre».

✈️ CARACAS – MADRID

7 621 Km



Yao, recién llegado a Madrid, posando en la Estación de Atocha.



Yao y su hermano Yuri con ñaña Carmen.

Yao soñaba con tener algo por sí mismo. Algo que se hubiera ganado él. Por eso apostó por España. Tras llegar a Madrid, sintió que su sueño comenzaba a materializarse. Volvió la mirada. El interior de la Estación de Atocha le recordó todo lo que dejaba atrás: casa, familia, esposa. Cuando cruzó la puerta, con su baúl en la mano, abrigado de pies a cabeza y luciendo su cinturón de Harley Davidson, tuvo la sospecha de que había tomado la decisión correcta. De pronto, sintió frío.

Su tía Carmen le devolvió a la realidad. No era una fantasía, se había marchado de su país. «Si te vas de vacaciones lo típico es que vayas con una maleta. Mi equipaje cantaba mucho». El baúl revelaba el verdadero motivo de su llegada. Su tía se enfadó, no había que llamar la atención. El baúl se lo había mandado su padre. Aún recordaba una de sus últimas conversaciones: «Si te marchas, voy a hacer que te deporten». Y Yao era muy consciente de los contactos que tenía su padre, funcionarios de instituciones políticas de Ecuador. Lo podía conseguir. Los primeros meses, su padre le mandó cartas con mensajes como: «En su juventud la abuelita Cleotilde Otilia, 20 años, si viviera lloraría cada segundo de su vida la partida de sus nietos: Mejor que desde el más allá ruegue a Dios por sus nietos», junto a una foto de su bisabuela. Lo que no sabía su padre todavía, es que al año le seguiría otro de sus hijos, Yuri. Le había dejado irse, pero con la condición de que no olvidara que venía a trabajar.

A la una de la madrugada, Yao y su tía subieron juntos el autobús hacia el centro de Madrid. Todavía no existía el metro que conectaba con el aeropuerto. Carmen llevaba desde los cuarenta años viviendo en la capital, veintiséis años fuera de su hogar. Es viuda y tiene un hijo. En Machala trabajaba en una librería que apenas daba para vivir. Por eso decidió marcharse, animada por su sobrina Bernice. Fue una llegada dura, en pleno invierno, a residir en una habitación de 10 metros cuadrados, del tamaño



Yao limpiendo platos en la hacienda de Campoamor.

de un baño. Recuerda como iba a las monjas a que le dieran ropa y comía en los comedores sociales, aunque solo era capaz de probar el pan y la fruta. A la semana de estar aquí, ya había sido contratada como interna en casa de la familia Ayestaran. Poco a poco se fue haciendo su lugar en España, era feliz a su manera. Tras la experiencia de empezar una nueva vida, superar distintos trabajos y el reto que supone llegar a una cultura distinta, quiso que su sobrino se sintiera acogido.

En el momento de la llegada de su sobrino, la ñaña Carmen trabajaba como interna en la casa de Gregorio Marañón. Tenía un pequeño departamento para vivir. Yao pasó ahí su primera noche. Su tía para ese entonces llevaba ya bastantes años residiendo en España, conocía las comunidades de ecuatorianos. Se cuidaban entre ellos. Tenía los contactos para conseguir vivienda y trabajo en Madrid, y con más razón si era para uno de sus sobrinos. Durante esos años la migración proveniente de Ecuador aumentó por temas políticos y económicos, el corralito de 1998, como se denominaba la crisis económica sucedida en Ecuador, tuvo sus consecuencias. Muchas personas buscaban una vida mejor.

Al día siguiente llevó a Yao al que sería su hogar por los siguientes meses: un piso de 70 metros cuadrados con tres habitaciones para diecisiete personas. Lo que se denomina un piso patera, donde convivía un grupo de chicos ecuatorianos; la mayoría de la ciudad de Piñas, de la provincia de El Oro a una hora y media en coche de Machala. Se ganaban la vida como podían. El dueño era Freddy Ordoñez, que tenía un cuarto propio porque era el propietario oficial del piso. Si no tenías documentación, era difícil que te alquilaran uno. Uno pagaba por alquilar un cuarto que salía a 10 000 pesetas. Se le intentaba sacar el máximo partido a las habitaciones; se colocaban literas y colchones en donde cupieran. A Yao le tocó otra cosa: «Yo dormía en una esponja debajo

de la mesa de ordenador, sí, debajo del ordenador».

De jardinero a lavaplatos

El primer trabajo que tuvo Yao en pleno noviembre: jardinero. Trabajaba en las haciendas de Campoamor, en San Sebastián de los Reyes, con varios del piso. Hoy, recuerda el frío que sintió, las temperaturas llegaron a los diecinueve grados bajo cero, y lo duro que se le hizo acostumbrarse a esa nueva vida. También tiene grabado en la memoria los momentos de las redadas o batidas de inmigrantes, y no podían pasear por la zona de la Puerta del Sol durante semanas, por miedo a que los pillaran. Recuerda un episodio mientras trabajaba en la finca, en el que un helicóptero de la policía sobrevoló la zona para verificar quiénes trabajaban, y les tocó huir a ponerse bajo techo porque la mayoría eran inmigrantes, con o sin papeles, pero inmigrantes. En total, eran unos setenta contratados. Recuerda como uno de sus jefes le dijo: «Chico, despacito a esconderse». Pero, al final, la policía se quedaba callada porque había un pequeño interés de fondo.

Como no soportaba trabajar en exterior, intentó que uno de sus compañeros de piso, Edgar, le consiguiera un puesto de trabajo en las cocinas. Y se lo consiguió. Lavaplatos.

Para Yao fue pasar del frío en el jardín al lujo del calor en la cocina. Su labor como lavaplatos era sencillo, pero, al mismo tiempo, muy duro. Por lo menos, el encargado no le ocultaba esa parte del trabajo, Yao era muy consciente de las condiciones en las que le habían contratado: había que esconderse, hacer horas extras, y pasar la noche ahí. Su labor era limpiar los platos, las copas y todo lo demás, darles un repaso después de que pasase por las máquinas. Le causó mucha impresión el tamaño del aparato, que era de seis, siete metros de ancho. Luego, terminaban de rematar la limpieza de los salones, que tenían capacidad para 300 personas, los barrían y los fregaban. Entraban a las 10 de la mañana, hacían un parón para comer a las 3 de la tarde y

“

Yao soñaba con tener algo por sí mismo. Algo que se hubiera ganado él. Por eso apostó por España”.

“

Recuerda con cariño a sus compañeros de trabajo de Campoamor, los rumanos, bolivianos, polacos y peruanos que conformaban el grupo”.

enganchaban a las 4. Solían alargarse hasta las 2, 3 de la mañana. Casi nunca les daba tiempo a regresar al piso, y tenían que dormir en una casa abandonada que quedaba en la finca. Era una hacienda que siempre estaba ocupada, eventos como comuniones, bodas, comidas empresariales, cenas de cumpleaños. No libaban ni uno solo. A veces, a la hora de la cena no habían comido nada y tenían que rescatar lo que sobraba de los platos servidos, ya que en el lugar se reciclaba todo lo que sobraba, si se podía salvar. Por ejemplo, una tabla de quesos que no se había tocado se aprovechaba para otro evento. Del hambre llegaron incluso a rescatar comida de la basura. «El primer fin de año que trabajé ahí, lo pasé fatal. Porque para mí era durísimo, pasar de tener todo, a no tener nada. La vida era dura. Llegué a dudar qué he venido a hacer yo aquí». Aunque eso no le hizo plantearse regresar a Ecuador. Siempre continuó con la aventura.

Recuerda con cariño a sus compañeros de trabajo de Campoamor, los rumanos, bolivianos, polacos y peruanos que conformaban el grupo. Cuando se quedaban en la cabaña abandonada, compartían unas botellas de vino y conversaban de la nostalgia de estar fuera de su hogar y les venía la llorera de pensar la vida que habían dejado atrás. Pero por la mañana era un nuevo día y había que seguir adelante.

Silvia fue un apoyo incondicional en esa época de su vida. A pesar de la distancia, seguían conectados entre llamadas y cartas. «Aunque lejos, seguimos construyendo nuestro castillo, yo te amo y te amaré por toda la vida. Pronto estaremos juntos». Y no tardaría mucho. Yao tendría que esperar solo un año.

«Yao, Alcobendas te busca». Se acercó con miedo a donde estaba su jefe y con la duda de si había hecho algo mal o si lo iban a despedir, pero se calmó al ver que era una llamada. Y no solo eso. Era una propuesta de trabajo en el restaurante El Urogallo en Casa de Campo. Habían contactado con él gracias a unos de sus compañeros de la hacienda, Nelu uno de

sus compañeros rumanos, y había dejado buena palabra de lo bien que trabaja. La oferta venía acompañada de un aumento de sueldo de 70 mil a 120 mil pesetas y unas condiciones mejores, con vacaciones incluidas. No dudó ni un segundo.

Hogar provisional

Para ese entonces, Silvia ya estaba en Madrid. Su llegada implicó mudarse a un nuevo apartamento. Se marcharon con la tía Carmen y una amiga cercana a la familia de Yao que acababa de llegar a Madrid. Cada uno tenía su habitación. Además, gracias al trabajo de Yao en El Urogallo, y la ayuda de su jefe José, pudo tramitar los papeles para la residencia. Poco a poco veía como se materializaba su sueño, y era más fácil verlo con Silvia a su lado. «Era un complemento para mí. Cuando ella vino para acá, pues más todavía. Ahora piensas en conjunto, ya no piensas individualmente».

«Donde fueras, haz lo que vieres». Escuchar y aprender». Ese fue el lema que aplicó Silvia al llegar a Madrid. A veces, se quedaba observando en el fondo y escuchaba cómo hacían las cosas aquí. Por ejemplo, en Ecuador se dice fundas a las bolsas, alverjitas a los guisantes, balde al cubo... Poco a poco expandía su vocabulario y lo adecuaba a su nueva vida. A Yao le pasó algo similar. En una ocasión, trabajando en El Urogallo, uno de los cocineros le dijo «Yao, cuando puedas me pasas un cartón de huevos». Como había dicho «cuando puedas», Yao no lo interpretó como algo urgente y siguió haciendo sus tareas. Hasta que el cocinero le regañó y le explicó que cuando uno utiliza aquí el «cuando puedas» significa que lo necesitaba en ese instante.

Aunque Yao ganaba bien en Madrid, Silvia recuerda que no estuvo mucho tiempo sin trabajar. Su primer oficio se lo consiguió la tía Carmen: mujer de servicio en casa de una reconocida señora. Recuerda el momento exacto en el que se probó el uniforme y se vio en el espejo, con el gorro, el delantal. Lloró. Parecía de película. Recuerda muy bien que «iba de 11 a 2 de la tarde, tres horas, tres veces, tres días, cuarenta

mil pesetas». Le pagaban muy bien, lo normal eran ochenta mil pesetas a la semana por una jornada de 8 horas. Aunque era un gran cambio a su anterior trabajo, eso no le hizo perder las fuerzas y la ilusión con la que había llegado. Después de un tiempo, montó una churrería ambulante con un grupo de mujeres ecuatorianas donde disfrutaba mucho y ganaban muy bien. También ayudó a cuidar dos niñas durante unos meses. Le gustaba la vida cosmopolita de Madrid, trabajar, salir, planes distintos. Silvia se sentía afortunada.

Y, finalmente, al año consiguió un trabajo en lo que ella sabía hacer. Recuerda elaborar su currículum a mano, ya que no tenía acceso a ordenador. De entregárselo a su futuro jefe de Universal de envíos, que era un locutorio especializado en envío de dinero, que se quedó impresionado con sus habilidades de contabilidad y gestión de banca. En ese momento había un boom de las oficinas de envío de dinero. La tuvo en un periodo de prueba, sin cobrar nada durante cuatro meses. «El título no valía nada porque no lo podía validar. En aquella época era muy difícil realizar el trámite y me quedé trabajando ahí, sin perder la esperanza». Hasta que Silvia demostró su valía, tenía que contratarla. Primero estuvo en caja, y después la pasaron al departamento de contabilidad.

En 2002 nació su primera hija Ainhoa cuando ya llevaban tres años en Madrid. Estaban felices porque habían encontrado un hogar, aunque lo que no sabían no iba a ser su destino final. Habían comprado su primer apartamento como familia en la zona de Batán. Tras el nacimiento de su hija, Silvia tenía que regresar al trabajo y su madre no le permitió que la niña fuera a una guardería, ya que no es costumbre en Ecuador que se haga esto. Lo normal es que los niños se queden con la abuela. Se mudó a Madrid para impedirlo. Fue su pretexto. También se había venido su hijo menor, José, a trabajar de policía en Irun. El hogar de Gloria, la madre de Silvia, estaba donde su familia.

El choque

Aunque Yao en El Urogallo fue muy feliz, fue una etapa que había que cerrar, estaba cansado. Trabajó un tiempo en la empresa Randstad, que se dedicaba al servicio de recursos humanos. Pero un día, leyendo el periódico Segunda mano para buscar un trabajo en hostelería, vio uno que le llamaba la atención. Llamó, le entrevistaron y consiguió un puesto en el Burger King de Paseo del Prado. Empezó como gorrita, donde trabajaba entre el mostrador y la cocina. Pero poco a poco se fue metiendo cada vez más en el trabajo, le gustaba saber cómo funcionaban las cosas y cómo se gestionaban. Por ejemplo, había que marcar la caducidad de la mayonesa para que no hubiera problemas con los controles de calidad, porque eran muy estrictos. Si él podía echar una mano, se metía a hacerlo. Roberto, el gerente, al ver como Yao se involucraba le ofreció ser líder de equipo. «Vas a hacer lo mismo que ya haces, pero te pagamos más.» Yao estaba realizado. Pero eso terminó por causar mal ambiente, entre sus compañeros que llevaban más tiempo, no entendían porque a él le habían ascendido. Pero el gerente le tranquilizó. «Esos tíos que te han dicho esto, llevan dos



Silvia y Yao el día de su reencuentro en Madrid.



Silvia, Yao y José en la terraza del restaurante El Uruguayo.

años en la empresa, y nunca se han preocupado por nada. Tú no llevas ni seis meses y ya sabes todo». Eso le dio a Yao la motivación para postular a representante del sindicato.

Él trabajaba en una franquicia de Burger King, la del Paseo del Prado, pero a su cargo había cuatro locales más que contaba con un de 300 trabajadores; y ninguna institución que gestionara ese tipo de temas: plus de nocturnidad, plus de zapatos, plus de vestimenta, jornada reducida por maternidad o enfermedad. Por ejemplo, les obligaban a llevar un tipo de zapato que tenía que ser de cuero y tener una forma específica, y todos tenían que llevar los mismos, era un gasto de empresa, no de los empleados. Cuando se formó el sindicato en Comisiones Obreras, sus compañeros le animaron a unirse y terminó saliendo como presidente. Eso supuso meterse en un ámbito muy conflictivo, que no le terminó de gustar. Le llevó a tener problemas con la empresa en la que tanto se había involucrado.

Entonces una prima de Yao le propuso pasarse al mundo de la construcción, que en 2004 estaba empezando el auge de esta área. El único problema: el trabajo era en

Pamplona. Estuvo dos años yendo y viniendo, de Madrid a Pamplona, y cuando Silvia vio que esto parecía permanente, tomaron la decisión. Una vez más iban a arriesgar. Se marchaban a Pamplona.

“

Estaban felices porque habían encontrado un hogar, aunque lo que no sabían no iba a ser su destino final”.



Yao con el equipo de Burger King.



Silvia con sus compañeras de trabajo en Universal Envíos.



Silvia delante de la casa de Gregorio Marañón.



Yao y Silvia paseando por Madrid con Ainhoa.



Silvia reunida con su familia en su casa de Madrid.

«NUNCA VOY A

THAÍS SANTANA DE ALMEIDA, 43

Con solo 24 años, en 2007, Thais Santana dejó su vida en Porto Seguro, Brasil, para llegar a Pamplona. Cruzó el Atlántico por amor. En 2014 regresó a Brasil con su esposo y vivieron ahí hasta que Isadora, su hija, cumplió ocho años. Regresaron en 2022 y desde entonces llevan casi diez años en Pamplona, donde trabaja como recepcionista en Mi Campus.

¿Por qué migró a España?

Por amor. Conocí a Jaques, mi esposo, en Porto Seguro. Estuvimos saliendo un mes y nos enamoramos. Pero él vivía aquí, en Pamplona, con su madre. Me invitó a vivir con él y decidí darle una oportunidad. Nunca me había planteado irme de Brasil. Cuando le conté a mi mamá me dio todo su apoyo y me dijo que, cualquier cosa, siempre tendría en ella un lugar donde llorar.

¿Cómo vivió el cambio de idioma? ¿Cree que eso afectó su manera de ser?

Como había hecho un curso intensivo, llegué con la seguridad de que hablaba bien español. No fue así. Al llegar, me di cuenta de que no sabía nada. Mi primera reacción fue adentrarme en la cultura. Veía la televisión en español, escuchaba la radio y leía libros para familiarizarme con el idioma. Al inicio, también trabajé como niñera en casas de familias españolas. Esto me ayudó mucho a mejorar. Aprendí cómo se usa el lenguaje cotidiano. Nunca perdí mi acento. Sin embargo, conforme aprendía español, sentía que me alejaba de mi identidad. Después de tres años volví a Brasil y me di cuenta de que mezclaba las dos lenguas.

Cuando migró, ¿se sentía sola o disfrutaba de su propia compañía?

A pesar de que siempre he sido muy independiente y rápida para hacer amistades, me sentía muy sola. Estar lejos de mi familia me dejaba un vacío imposible de llenar. Extrañaba cosas simples, las pequeñas costumbres cotidianas, como tomar café en familia o ir de compras con mi madre. Hábitos sencillos, casi imperceptibles, pero que una termina extrañando.

¿Buscó algún grupo de ayuda con el que se sintiera identificada?

No busqué nada. Jaques conocía a otros brasileños, amigos que había hecho durante sus cuatro años viviendo aquí. Su madre también conocía a mucha gente que tenía hijos de nuestra edad. Entonces, nunca lo busqué porque ya los tenía a ellos. Además, necesitaba un respiro, todavía me estaba ubicando: no hablaba bien el idioma, no conocía el lugar y tampoco tenía toda la documentación.

¿Cuáles fueron las pérdidas más significativas que tuvo estando aquí?

La primera fue estar lejos de mi familia. Somos muchos. Extraño los planes que hacíamos como las barbacoas y los almuerzos. Es una gran pérdida. Tengo un grupo de buenos amigos brasileños y nos reunimos con frecuencia. Pero eso no sustituye a la familia. Luego intenté solventar esas pérdidas haciendo amigos españoles, pero aunque el intercambio de cultura me enseñó muchas cosas, también me impactó mucho. Sobre todo al inicio. Los españoles son muy cerrados y directos y yo no estaba acostumbrada a eso.

Al estar tan lejos de casa y por tanto tiempo, ¿cómo lidió con la nostalgia?

Los amigos que hice aquí me ayudaron. Tenía una amiga venezolana y otra marroquí que me acompañaron en el proceso. Hoy somos un grupo más amplio. Tampoco ayudó la realidad de que Jaques y yo no teníamos muchos recursos. Cuando llegué tenía tres trabajos. Así que se me hacía casi imposible hablar con mi familia, porque las llamadas telefónicas valían dinero y no tenía mucho tiempo. Estar semanas sin llamar a casa aumentaba mi nostalgia. Lo bueno es que las cosas han cambiado. Ahora puedo estar horas en videollamada con ellos.

¿Cuándo fue la primera vez que se sintió en casa después de migrar?

Aquí nunca me sentí en casa. Me veo a mí misma como inmigrante. Además, la adaptación fue difícil porque, cuando llegué en 2007, no había muchos inmigrantes. Me siento más cómoda ahora que tengo familia y personas que me recuerdan a casa, pero no significa que el lugar me haga sentir así. También influye la edad y madurez. Creo que con el tiempo el efecto que algunas acciones o sentimientos tienen en ti se reducen. Vas aprendiendo a manejarlos, ganas otra perspectiva y empiezas a preocuparte por otras cosas.

¿Se siente adaptada? ¿Cómo fue ese proceso?

Sí, me siento adaptada, pero hay momentos en los que todavía me cuesta. Intenté hacer que

mi proceso fuera un equilibrio. Nunca seré española y tampoco quiero. Con el tiempo adquirí hábitos españoles, pero siempre tendré arraigado en mí mis raíces brasileñas. Sea por alguna costumbre, forma de actuar o hasta por mi apariencia. Pero, cada uno lo vive a su manera. Para Jaques, por ejemplo, ha sido más difícil.

¿Ha tenido ganas de volver a su país o tiene planeado quedarse en España?

Me embaracé de mi hija después de tres años viviendo en España. A pesar de que la madre de Jaques vivía en Pamplona, en 2014 regresamos a Brasil. Estar lejos de casa se había vuelto muy difícil para ambos. En especial para Jaques, que cayó en una depresión. Nos quedamos en Brasil ocho años, hasta que mi hija cumplió nueve. En 2022, mi esposo encontró trabajo aquí y volvimos. Hoy solo vuelvo a mi país de vacaciones, pero ya no viviría ahí. Mi hija tiene más libertad aquí y un futuro mejor en Pamplona.

¿Cuál es la relación que mantiene con su cultura?

Mi bahía es mi bahía. Eso nunca va a cambiar. Siempre voy a cargar mi cultura conmigo, es algo que está arraigado. Amo las grandes reuniones, las risas altas, un buen samba. Me hace ser quien soy. Solo que con el tiempo mi relación ha cambiado. Poco a poco fui adoptando cosas de la cultura española como la puntualidad y la manera de hacer las cosas. A veces regreso a Brasil y empiezo a hacer comparaciones. O incluso intento traducir expresiones en español.

“

Como había hecho un curso intensivo, llegué con la seguridad de que hablaba bien español. No fue así. Al llegar, me di cuenta de que no sabía nada. Mi primera reacción fue adentrarme en la cultura”.

THAIS SANTANA DE ALMEIDA



SER ESPAÑOLA»

ILKA SEILER GRUNOW, 59

Ilka nació en Alemania. Es maestra de alemán y, por su profesión y estudios universitarios, ha ido saltando de un país a otro. Después de un año y medio en México, vino a Pamplona por trabajo y para estar más cerca a su familia. Su intención era pasar un año. Este año cumplió 28 aquí.



ILKA SEILER GRUNOW

¿Por qué migró a España?

Yo no lo llamaría migrar. Me fui al extranjero con la idea de quedarme un año y después irme a otro sitio. Pienso que moverse dentro de Europa expande el horizonte personal. Estaba claro que, por mi trabajo en idiomas, tenía que irme al extranjero. Pero, para mí, eso no implica migrar.

¿Cómo vivió el cambio de idioma? ¿Cree que eso afectó su manera de ser?

Cuando llegué a España me manejaba bien en el idioma. Solo había unas expresiones que no entendía. Empecé a tomar clases de castellano unos años antes en Inglaterra, pero en donde realmente aprendí fue en México. Por eso, cuando llegué a España, hablaba al modo de los mexicanos. Me sentí discriminada por ello. Jamás olvidaré cuando fui a pedir un billete para San Sebastián en la estación de autobuses y la gente que atendía hacía como que no me entendía. Cambié de fila cuatro veces.

Cuando pasas mucho tiempo en el extranjero, dejas de estar actualizada con el idioma. Es posible que, si ahora vuelvo a Alemania y escucho hablar a los jóvenes, no los entenderé. No es solamente cuestión de estar en otro país, sino que también afecta la edad y la generación. A veces mi familia me llama la atención porque me equivoco al expresarme.

Cuando migró, ¿se sentía sola o disfrutaba de su propia compañía?

Al principio me sentía como un bicho raro porque no había muchos inmigrantes. El bicho raro en un buen sentido porque, al no ser de aquí, mi perfil era muy atractivo, especialmente para el mundo laboral. Respecto a estar sola, eso es algo que he ido aprendiendo. Cuando llegué aquí, vivía con una australiana que había nacido en Alemania. Hicimos un pacto: yo le ayudaba con el alemán y ella me ayudaba con el inglés. Formamos una buena amistad, pero después de un año ella regresó a su tierra. Me dolió. Nos entendíamos muy bien porque, al trabajar en la misma área, habíamos pasado por las mismas cosas. Con el resto de la gente del piso tenía contacto, pero no había relación.

Además de esta amistad, ¿buscó algún grupo de personas que la ayudaran a integrarse?

Me contaron que la iglesia organi-

za grupos, pero no fui porque no soy muy religiosa. Además, no tenía mucho interés porque, cuando estás en una profesión en la que estás constantemente en contacto con la gente, lo único que quieres al llegar a casa es descansar. Me hubiera gustado encontrar el tiempo para hacer alguna actividad que me gustara. Lo que sí buscaba era hacer una actividad que me gustaba. Pero, por el horario que tenía, no pude.

¿Cuáles fueron las pérdidas más significativas que tuvo estando aquí?

Dejar a la familia. En Europa, por lo menos en mi familia, se tenía la idea de que uno solo viajaba cuando era necesario. La carrera de Filología Hispánica tenía como requisito pasar un año en un país hispanohablante. Encontré una oportunidad en México y me fui un año y medio. Cuando volví, mi familia había comenzado a deteriorarse. Mi abuelo, por ejemplo, se había enfermado y falleció poco tiempo después. Con mi padre pasó lo mismo.

Al estar tan lejos de casa y por tanto tiempo, ¿cómo lidió con la nostalgia?

La universidad a la que fui estaba a una hora y media en coche de mi casa. Viví en una residencia y recuerdo que mis compañeros regresaban los fines de semana a sus pueblos. Me llegué a sentir muy sola y, para lidiar con esta sensación, llamaba a mi familia. Nunca los dejé de extrañar. Sin embargo, con los años la nostalgia se me quitó. Esto no significa que no haya cosas de Alemania que me gustaría tener aquí.

¿Cuándo fue la primera vez que se sintió en casa después de migrar?

Un hogar para mí es estar con gente con quien puedo ser yo misma. Solo me siento así cuando estoy con mi familia. Por eso, desde un punto de vista sentimental, no puedo decir que mi casa está en Pamplona. En cambio, si tomamos «casa» en un sentido material, sí puedo decir que tengo una aquí. Estuve viviendo en un piso compartido por seis años. Pasé por situaciones de robo y, cuando me fui, no me devolvieron la fianza. Tenía la sensación de que vivía en un lugar que no era mío. Me sentía como un huésped. Después me fui a vivir en pareja y ahora vivo sola.

¿Se siente adaptada? ¿Cómo fue ese proceso?

Sí. Pero solo me he sentido acogida dos veces en mi vida: en México y en Escocia. En Alemania me sentía en casa por mi familia, pero donde realmente sentí que otra gente me abrió un hueco fue en esos dos lugares. Mi proceso de adaptación aquí ha consistido en abrazar las dos culturas. Hay cosas que no van a cambiar, como mi acento. No tengo problema con eso porque creo que es importante tener raíces.

¿Ha tenido ganas de volver a su país o tiene planeado quedarse en España?

No. Nunca pensé en regresar. Me esforcé mucho en tener esta casa. Irme sería una autoderrota. Además, a mi edad es muy difícil encontrar trabajo. Pero, si en algún momento me falla la salud, me gustaría volver a casa. Aquí no puedo esperar que alguien me ayude.

¿Cuál es la relación que mantiene con su cultura?

No pienso que haya perdido mi cultura. Nunca voy a ser española. Tengo una parte alemana que se formó durante mis primeros veinte años de vida y eso no va a cambiar. Este lado sale en mi modo de reaccionar ante ciertas situaciones. Aunque en esto también influye la cultura y la educación. Hay cosas simples que me enseñaron en casa. Son modales que se están perdiendo. Aunque no creo que esto tenga que ver con el hecho de que soy extranjera.

“

Cuando llegué a España me manejaba bien en el idioma. Solo había unas expresiones que no entendía. Empecé a tomar clases de castellano unos años antes en Inglaterra, pero en donde realmente aprendí fue en México”.

CUATRO PERSONAS EN NUEVE METROS CUADRADOS

Youssef e Ilham Ameziane abren las puertas de su hogar, una habitación del Hotel Burlada, donde sobreviven con sus dos hijos pequeños desde hace un par de meses.

Nueve metros cuadrados. Esto es todo lo que Youssef e Ilham Ameziane tienen para resguardar a sus dos niños desde octubre de este año. Aunque esta habitación es mucho más de lo que esta familia tuvo un día.

El matrimonio marroquí llegó en septiembre de 2024 a España junto a sus pequeños Nada (4) y Safoune (3) en busca de un futuro mejor. La enfermedad degenerativa de Youssouf impulsó a su familiar a volar a Pamplona, donde vivía Bilal Ameziane, hermano menor de Youssef, con el fin de conseguir un tratamiento que le permitiera estabilizar su diagnóstico. Sin embargo, ninguno de los Ameziane tiene tarjeta sanitaria. «La hemos solicitado. Hemos hablado con los miembros de la Seguridad Social, pero no nos dicen nada. Seguimos esperando», traduce Bilal, que llegó a la península hace diez años para conseguir también mejor atención médica. Al igual que su hermano, Bilal camina con ayuda de una muleta. La enfermedad degenerativa de ambos, cuyo nombre desconocen, complicó aún más el pronóstico vital al que los Ameziane debían hacer frente.

Barcelona fue la primera parada de Youssef e Ilham. El destino final era Pamplona. Un trayecto entre ambos puntos que podría haber durado unas cuatro o cinco horas. No obstante, la falta de recursos, la debilidad de Youssef y la dificultad de moverse con los pequeños, retrasó su llegada dos semanas. Cartones, monedas, miradas despectivas, lloros y mucha, mucha hambre, formaron parte de la rutina de esta familia marroquí hasta que consiguieron el efectivo suficiente para poder llegar a la capital navarra. Aquí les esperaba Bilal.

Contrario a lo que esperaban, su dinámica no cambió mucho al instalarse en Pamplona. Para dormir, la familia seguía cubriéndose con cajas que encontraban en la calle mientras tranquilizaban a los niños para que no tuvieran miedo. La noche pamplonesa no era la de Barcelona en septiembre. Esta vez era invierno. Bilal contactó con Apoyo Mutuo, entidad que trabaja los derechos sociales desde la alimentación y el cuidado, y buscaron una alternativa a su situación.

Las autoridades cedieron al matrimonio una habitación simple en el Hotel Burlada. «Tenemos miedo de que nos quiten lo poco

que tenemos. Que un día nos desalojen de aquí», confiesa Ilham mientras acaricia su vientre para dar calor al tercer bebé, que espera desde septiembre. Apenas se ven objetos personales entre estos nueve metros cuadrados. Una maleta pequeña, los peluches de Safoune y Nada, una mochila con los justificantes de estudios marroquíes de Youssef y ropa de abrigo. A pesar del poco espacio que ofrece la habitación, todavía quedan huecos libres para albergar juguetes, útiles de aseo, un electrodoméstico de cocina que permita calentar los alimentos, la propia comida o al menos algo de ropa para los pequeños.

El problema no es sólo el espacio, sino que a los Ameziane les faltan casi todos los recursos básicos. El temor, la incertidumbre, el tiempo a contrarreloj con la enfermedad de Youssef, que lleva tres meses sin tomar su medicación por falta de atención sanitaria, y la desesperación han llevado a esta familia a acostumbrarse a una realidad que cada vez crece más entre los inmigrantes. «En este hotel viven más personas como nosotros. Sin hogar y en busca de un futuro mejor», expresa Youssef. Además, Bidal declara que esta alternativa a la vivienda no es la única que el Gobierno de Navarra ofrece a la población en riesgo de exclusión social. Albergues como Jesús y María o Trinitarios, ubicados ambos en Pamplona, disponen de alojamiento para personas sin hogar. También, existen otras alternativas como la Residencia Belzunce o el Centro de Acogida de Inmigrantes en riesgo de exclusión social de Tudela, donde Bilal pasó su primera temporada al llegar a España con 15 años.

Una oportunidad

Muchos inmigrantes duermen todavía hoy en la calle, cincuenta y uno se quedaron fuera de los albergues el 13 de noviembre según Myriam Gómez, gerente y coordinadora de París 365. El frío los devora, el hambre los consume y la falta de ayudas los excluye de una vida digna. Una imagen que un día la familia Ameziane representó. Hoy, Youssef e Ilham esperan «otro golpe de suerte» para poder algún día descansar tranquilos entre paredes que no les recuerden que en algún momento pueden ser desalojados de lo que les protege, su casa.



1.



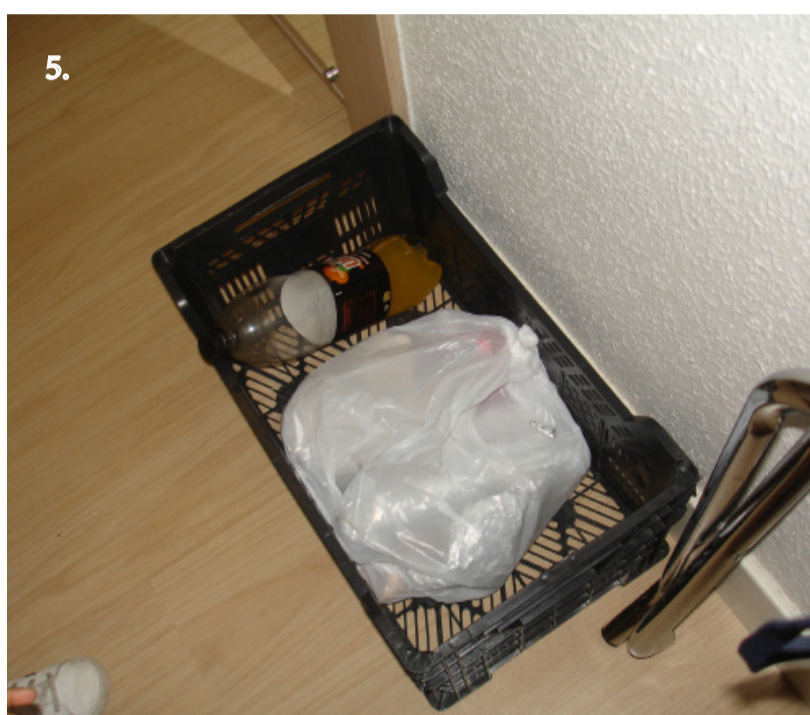
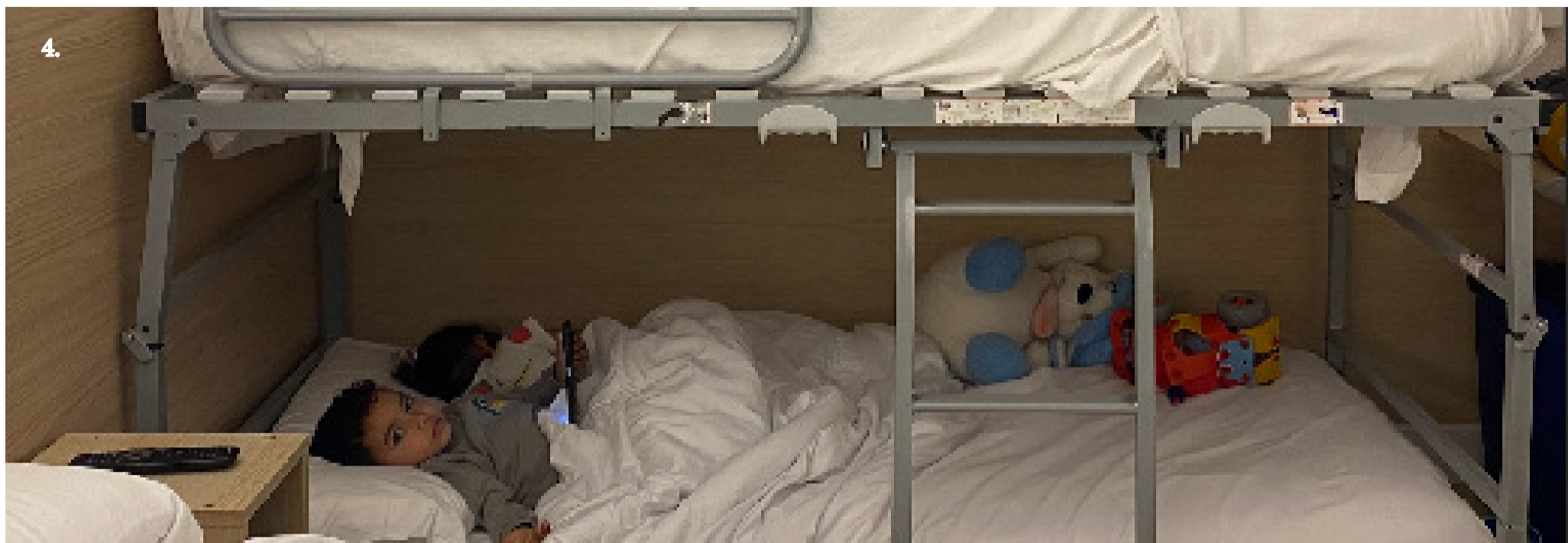
2.



3.

“

Para dormir, la familia seguía cubriéndose con cajas de la calle mientras tranquilizaban a los niños por el miedo”.



1. El fregadero para los dientes y los platos.
2. Guardan la comida en el mismo cajón que el teléfono.
3. Vasos vacíos de la comida que los Amezieie van a tomar hoy, junto a un brik de tomate.
4. Nada y Safoune esperan mientras el tiempo pasa.
5. Zumo y artículos donados: la «compra» de los Ameziane.
6. Una maleta y un par de juguetes, los objetos personales que conserva la familia.
7. Los Ameziane posan en su habitación del Hotel Burlada.

DETRÁS DE LA MESA DE LOS PERROS

Si no fuera porque necesitaba el dinero, Pedro se hubiera ido a dormir. No hubiera llegado a España, mucho menos a Santesteban/ Doneztebe: estaría en Ecuador, Chile, tal vez Colombia, lugares por los que ha pasado antes. Sin embargo, aquí está. Aguantando jornadas largas pegado a su tienda ambulante con la esperanza de que se acerquen compradores.

Ha vuelto, con 64 años, a la Feria de Otoño de

Santesteban. Su equipaje: calcetines, gorros, guantes, bufandas, accesorios para el celular y juguetes. Esta es la crónica de un viaje con Pedro y sus hijos mayores: Javier, de 45 años, y Marta de 43. Una travesía más para ellos, la primera para mí.

Pedro está pálido. Unas sombras grises se asoman por debajo de sus ojos, que tienden a cerrarse. Estar de pie lo mantiene despierto. Pero no puede evitar los bostezos. Lleva 24 años corroteando ferias junto a Javier y Marta, quienes también lo ayudan en Ojitos de Luna, su tienda de souvenirs ubicada en la calle Zapatería 5, Pamplona. El objetivo es claro: generar ingresos. Han llegado hasta Holanda en busca de conglomerados de gente. En España, el recorrido más largo fue de Pamplona al Puerto de Santa María: 1 022,5 kilómetros. Durante los viajes largos se refugian en su furgoneta Sprinter. A veces comen y duermen ahí. Cuando no viajan, viven en un pueblo de aproximadamente 2 300 habitantes a 21 kilómetros de Pamplona. Vender resulta cada vez más pesado para Pedro. Le detectaron insuficiencia renal durante la pandemia. Como tiene que pasar más tiempo en casa, ha recortado las rutas comerciales. Cuanto más cerca de Navarra, mejor.

Viernes 15 de noviembre 2024, 9:30 a. m.

Vine a la Feria de Santesteban porque me dijeron que aquí encontraría a Pedro, el de Ojitos de Luna. Aquí uno puede hallar productos típicos de la zona, artesanías y otros comercios con artículos variados como ropa y juguetes. Las vacas acorraladas y los tractores me dan la bienvenida. La vestimenta de la gente sigue un patrón: pantalones de montaña, forro polar y botas trekking. Hablan euskera, y sus voces se mezclan con los mugidos del ganado. No hay rastro de Pedro, Javier y Marta. Al entrar a la calle Mercaderes, al lado del Ayuntamiento, las palmeras de chocolate llaman mi atención. Son tan grandes como mis manos juntas. Aun así, la competencia es difícil: hay doce charolas con distintos postres regionales como el pastel vasco y el de arroz. En el siguiente puesto hay quesos gaditanos artesanales que van desde el clásico amarillo hasta tonalidades marrones y naranjas. De pronto, se escucha: «¿Quieres

probar?». No hay vuelta atrás. Los vendedores son expertos en hacer que la gente saque la cartera. Con los años han perfeccionado el arte del comercio. Más adelante, esparcidos por las calles, se ubican unos 200 establecimientos. Entre la multitud, sobresalen las faldas de colores alegres, las blusas abotonadas hasta el cuello y los sombreros anchos propios de la zona. El hambre y el bullicio hacen que me olvide de Pedro, Javier y Marta. Pero tampoco parece que estén por aquí.

En la parte trasera de la feria empieza otro mundo. Paseo por la calle Inzakardi, pero no veo quesos ni bollos. Tampoco mujeres con vestidos tradicionales ni hombres con sombreros. Giro a la derecha en la calle Mayor. La gente es bajita y morena. En el puesto frente a mí venden calcetines. Están apilados sobre un mantel multicolor que cubre una tabla de madera. Mide alrededor de cuatro metros de largo. Tienen de todas las tallas. Es época de frío. De la pared cuelgan abrigos, bufandas y playeras de luchadores. En la parte de atrás se amontonan los juguetes: perros afelpados de colores, dinosaurios y muñecos de Mario Bros y Luigi. Es el mundo latino. Las canciones saltan del reguetón a la bachata y una que otra ranchera. Por detrás de la ropa que cuelga sale Marta. «¿Qué tal, chica?», dice mientras se acomoda el gorro puntiagudo y rosado que le cubre las orejas. Javier está parado junto a los accesorios de teléfonos. Lo reconozco por el pelo largo que, a pesar de estar amarrado, le llega hasta la cintura. Al verme, esboza una sonrisa. Falta Pedro.

Javier y Marta me explican que me he pasado, que el establecimiento de Pedro está cerca de los puestos de comida. Su local se ubica en un punto estratégico de la calle Inzakardi: la frontera entre el mundo vasco y el latino. Los hermanos intentaron conseguir una mejor ubicación, pero desde el Ayuntamiento les dijeron que sus carpas dañan la estética del lugar. No parece coincidencia que los locales de inmigrantes estén al fondo.

Vender en este lado de la feria es más complicado. Muchos visitantes dan la media vuelta antes de llegar. Las autoridades han ayudado a la familia ecuatoriana durante sus 24 años de viajes. Les han facilitado regaderas y baños. Por las camas no se preocupan, duermen en la furgoneta. A veces se llevan colchones y los colocan sobre las tablas de madera en donde va la mercancía. A la mala aprendieron a estar vigilantes: les han robado muchas cosas.

Marta saca más calcetines mientras me cuenta que salieron de Otavalo, Ecuador, en 2000. Ella tenía 18 años y Javier 20. Seis años antes, «algo no le cuadraba» a Javier. Sus compañeros ya tenían camionetas y casas nuevas. Viajaban y volvían con dinero. Él también deseaba eso. Mejor dicho, lo desea. Por eso su vida es un ir y venir. Cuando llegó a Pamplona con su hermana, se quedaron con su tío. Pedro los alcanzó seis meses después.

Del top manta a las ferias

Su historia empieza en las calles. Ante la falta de papeles y empleo encontraron una salida: el top manta, la venta ambulante de productos. En su caso, eran pañuelos. Corrieron de la policía muchas veces. No podían perder sus cosas. Sobrevivían de esas pequeñas ventas. Como el ratón al gato, aprendieron a burlar a las autoridades. Marta hace una pausa para abrir una caja. Saca alrededor de veinte pares de guantes grises. Los coloca uno encima del otro. Y continúa. A Javier lo atraparon una vez. Le quitaron lo que llevaba. Javier anhelaba cambiar de vida. Así que probaron el camino de las ferias. El gran obstáculo era la indocumentación. Los extorsionistas veían en ellos una presa fácil. Se aprovechaban de la situación para cobrarles tres o cuatro veces más por los puestos. El costo normal en una feria pequeña, como la de Santesteban, ronda los 80 euros. Han pagado hasta 500. No tenían opción. Había que vender.

Marta se agacha para abrir otra caja con juguetes de superhéroes.

Con el Spider-Man en la mano me explica que Fernando, un señor al que conoció en una oficina de empleo en San Sebastián, le recomendó que tramitara los papeles. En ese entonces, ella no sabía lo que era la nacionalidad. Según sus cálculos, la consiguió en 2007. La renueva cada diez años. Javier no se acuerda de cuándo la tramitó. Hace mucho tiempo consiguió un contrato de trabajo y se inscribió en la Seguridad Social. Entre los tres, pagan alrededor de 700 euros por este servicio. Pedro le ha dado buen uso. La insuficiencia renal lo obliga a ir al doctor tres veces por semana. Descansa los domingos y los lunes.

Intento ayudar a Marta como puedo, pero cuando extendiendo la mano para pasarle unos juguetes ya está del lado opuesto de la tienda acomodando otras cosas. Me gana en años y también en rapidez. Su madre la sacaba a vender en las calles desde que era niña. Después de su muerte, en 1998, Marta hizo lo mismo con sus hermanos. Coloca los peluches en la mesa y se ríe tímidamente al contarme que todo pasa por la mesa de los perros. Al inicio no la entiendo, pero me explica que todo empieza cuando los mayores dicen: «Ya sirve el niño para montar la mesa de los perros». Significa que los jóvenes están listos. Es el punto de inflexión. En su familia, negociar es tan importante como aprender a escribir o leer. Es su forma de vivir.

De destino en destino

Javier salió con su papá hacia Chile en busca de mejores oportunidades cuando tenía 14 años. Sigue parado junto a los accesorios de teléfono. Disfrutan de las ventas. Es lo que conocen. Entre los comerciantes se corre la voz acerca de las diferentes ferias del país. «Nos decían, allá es bueno. Y nosotros agarrábamos la furgoneta y ¡bum! Nos íbamos a lo loco. No lo pensábamos». Javier me cuenta que consiguieron un libro de ferias. Pero más que en los libros, confía en el boca a boca. No son los únicos que siempre están al acecho de estos eventos. Se acerca una señora. «¿Qué buscas, chica?», dice Marta mientras sale a su encuentro.

“ Ya sirve el niño para montar la mesa de los perros». Significa que los jóvenes están listos. Es el punto de inflexión”.

“ Nos decían, allá es bueno. Y nosotros agarrábamos la furgoneta y ¡bum! Nos íbamos a lo loco. No lo pensábamos”.

“ Las autoridades han ayudado a la familia ecuatoriana durante sus 24 años de viajes. Les han facilitado regaderas y baños. Por las camas no se preocupan, duermen en la furgoneta”.



Marta y Javier frente a su puesto en la Feria de Otoño de Santesteban. | AMAIA RECALDE

Como no entra mucha gente, podemos seguir platicando. La parte más dura de estos eventos es montar y desmontar los locales. La parte más dura de migrar es dejar a la familia. Son siete hermanos. Cinco viven en Ecuador. «Se te queda en la cabeza que son niños y no se va hasta que vuelves y ves al niño que era pequeño dando jalada a una botella de whisky». Aun así, ya se acostumbraron a su vida en España. Y a la comida también: a Pedro le encantan los torreznos, a Javier la paella y a Marta el fideuá. Javier dice que cuando vuelve a Ecuador, se encuentra y no se encuentra. Tampoco se ve ilusionado por la idea de quedarse en Pamplona. Las ventas no son buenas, pero la enfermedad de Pedro los obliga a quedarse. No saben por cuánto tiempo. Marta se acerca y me da unos calcetines negros con estrellas blancas. «Te los regalo», dice. «Para que te acuerdes de mí».

Regreso por la misma calle con la esperanza de encontrar a Pedro. Como el recuerdo que tengo de él es muy vago, decido enfocarme en los artículos de las tiendas. Sé que lo encontraré en un puesto de calcetines y juguetes de Mario Bros. En el puesto de mi izquierda veo, sobre una escalera, a un hombre de edad avanzada, estatura baja y tez morena. Descarto la posibilidad de inmediato: no puede ser Pedro. Un enfermo no estaría subiendo y bajando la escalera para atender a sus clientes. Sigo de largo, pero un impulso me lleva a retroceder. Una mesa con perros afelpados de juguete. El vendedor está detrás con su sombrero.

Siempre estuvo ahí. Bostezo. Se ve exhausto. La palidez en su rostro evidencia su enfermedad. Sus ojeras encierran el esfuerzo de toda una vida. Parece que espera algo. Clientes. A pesar del cansancio, tiene la mirada de alguien que sabe que el recorrido no termina aquí. Y que Santesteban no será el último destino. «¿Usted es el papá de Javier y Marta?». Su rostro se torna alegre y me responde con una sonrisa.



Probaron el camino de las ferias. El gran obstáculo era la indocumentación. Los extorsionistas veían en ellos una presa fácil”.



Su historia empieza en las calles. Ante la falta de papeles y empleo encontraron una salida: el top manta, la venta ambulante de productos. En su caso, eran pañuelos”.





Yao jugando con Ainhoa, su hija en su vivienda de Pamplona.





Silvia junto a su hermano José y su hija Ainhoa en Ecuador cuando fueron a visitar a su padre.

Un pretexto. A veces sólo se necesita un pequeño motivo para trazar un nuevo destino en el mapa. A Silvia le bastó uno para abandonar el calor de su hogar ecuatoriano y viajar al frío madrileño. Siete años más tarde, otro la trajo a Pamplona. Pero esta vez no viajó sola. Esta vez la acompañaban Yao y Ainhoa. Esta vez no hubo lágrimas en la partida. Llegarían después.

«Yao iba y venía a Pamplona por su trabajo. Todo un sinvivir. A mí no me gustaba la ciudad, pero mi jefe vendió la empresa a una multinacional y aproveché aquello para venirme. No me iban a despedir ni nada, pero quería estabilidad en nuestra vida». Silvia sintió vértigo por primera vez. Sí, había dejado su casa antes, cerrado una puerta sin saber si otra se abriría. Había lanzado una moneda al aire otras veces. Comenzar a soñar un futuro desde cero no suponía una novedad para ella. Pero esta vez no podía hacerlo igual. Esta vez guardaba la moneda en la cartera y a su hija en brazos. Se acababa aquel juego inocente de sonreírle al azar.

Mientras el tren avanzaba por las llanuras castellanas, Silvia descubría su mirada en el reflejo de la ventana. Miedo. Incertidumbre. Desconocían su futuro, su paradero y su suerte. Aquel matrimonio de 30 años tenían como única certeza el amor del otro y como única responsabilidad una criatura de cuatro años llamada Ainhoa, su hija.

«Dejar Madrid supuso un golpe muy duro para mí, estaba súper

acostumbrada a vivirlo todo a lo grande; en la empresa, solo en el call center había 40 personas y sumado a las chicas de las oficinas, teníamos un grupo muy bonito, y grande. Salías a Madrid por la noche, tenía muchísima vida. Navidades, por ejemplo, El Corte Inglés, los comercios abrían hasta medianoche. Llegamos a Pamplona y, a partir de las ocho de la tarde, no existía la ciudad. Todo oscuro, apagado y cerrado». Casi se puede contemplar a Silvia paseando, de la mano de Yao, por la Pamplona nocturna. Ese escalofrío de extrañeza recorriéndoles el cuerpo, manifestándose en su inquieta mirada. Aquella travesía no acabó en su casa; su nueva casa. No. Provisionalmente dormían en casa del hermano de Yao, Yuri, en Orcoyen. «Cuando vino aquí, empezamos a vivir en la casa de mi hermano, y luego ella se lanzó a buscar trabajo». Así lo resume Yao, rehuendo sentimentalismos y emociones, escueto pero sonriente, ajeno a los sufrimientos pasados.

Crear un hogar requiere sacrificio. Yao y Silvia lo sabían. Pero no había tiempo para amedrentarse y dejarse pisar por la desesperanza. Había que dar pequeños pasos. Primero sólo uno, pequeño, después vendrían los demás. Una buena noticia: Yao tenía trabajo, seguía en la construcción. Necesitaban otro. Una mala noticia: Silvia no encontraba. «Me costó muchísimo encontrar un trabajo. Un pensamiento me martilleaba la cabeza: en Madrid hubieses encontrado trabajo». A ella se le acababa la paciencia. Él tenía de

sobra. «Mi prima le recomendó a Silvia que probase en un comercio local, pequeñito. Así, ella comenzó a trabajar en la Panadería Iruña. En ese momento estaba como jefe un tal Blas, pero llevaba tiempo decaído y deseaba venderlo cuanto antes».

Trabajar en Pamplona

La luz se abría camino entre las nubes. El nuevo empleo de Silvia iba muy bien. El único local de Iturrama que vendía pan. «En 2006 sólo había un hiper en todo el barrio, el Eroski que hay aquí, y antiguamente no tenían pan. Un negocio redondo para nosotros. Facturábamos unos 400 euros de pan al día, hoy por hoy estamos facturando 80 a 90 euros. Además de pan, vendíamos arroz, pasta, tomate. Los vecinos aprovechaban muchísimo aquello los fines de semana». Dos buenas noticias. No tardaron en comprar su propia casa. Su tercer hogar. Pero esta vez más suyo que nunca. Yao y Silvia estaban orgullosos, apenas un año después de su llegada, podían decir que comenzaban a integrarse; tenían vivienda, trabajo, Ainhoa iba al colegio. Parecía que aquel billete doblado, que Silvia guardaba recelosamente en su cartera desde que cogió el vuelo en Quito hacía ocho años, por fin surtía efecto. Poco a poco Pamplona comenzaba a perder oscuridad, a oler a cerrado. Entre los dos habían comenzado a crear una puerta en Pamplona.

Madrid no parecía ya tan atractivo para Silvia. Una vez asentada, las ventajas de vivir en una ciudad pequeña iban escalando en el orden

de prioridades. Se convenía de que habían elegido la ciudad perfecta para tener la vida estable y tranquila que deseaban. «Al poco tiempo descubrí la hermosura de Pamplona. Tienes todo cerca; a 45 minutos en coche puedes visitar un pueblo, una playa, un río. Además, puedes recorrer la ciudad entera andando. Encontré en Pamplona una ciudad estupenda para criarla. La belleza de Madrid también te invitaba a visitarla, pero todo te pilla lejos, a desmano».

El tráfico pamplones supuso también un fenómeno curioso para esta madre ecuatoriana. Coger el coche y no tardar más de 15 minutos en llegar a cualquier punto de la ciudad le parecía una realidad digna de estudio. «Recuerdo una vez, subiendo la cuesta del cementerio, iba con mi cuñado y teníamos bastante prisa. De repente atasco. Yo pensé: se acabó, no vamos a llegar ni de broma. Pero en cosa de 5 minutos, el atasco se disolvió. Estaba alucinada, a eso no se le podía llamar atasco».

Crisis financiera

1998. Corralito en Ecuador. Los bancos cierran cuatro días. 2008. Crisis en España. Silvia y Yao no mostraron sorpresa ante la crisis que se iba gestando en territorio español. Aquellos recortes, aquellos «España va bien», ya los habían escuchado hacía diez años. «Conseguimos vender la casa de Madrid justo antes de que explotara la burbuja inmobiliaria. Esto nos dio un respiro. Aunque yo trabajaba en una constructora, y tuve que dejar mi empleo». Una mala noticia. Cuando

el sueño estaba haciéndose realidad. Cuando solo quedaba sentarse y contemplar con una sonrisa. Una mala noticia.

Silvia cerró los ojos. No quería mirar. Pero había que hacer algo. Aquella mirada determinante que le empujó a seguir adelante en su juventud aún no la había perdido. En realidad, no la perdería nunca. Suerte. Únicamente necesitaban un poco de suerte. Volvió a sacar el billete enlazado. Vamos, hoy más que nunca, danos suerte. Dicho, y hecho.

«Contactó conmigo un amigo. Y entre los dos empezamos un proyecto. Consistía en un local en Mutilva que queríamos utilizar como bar o restaurante. Lo llamamos La mordida. «Compramos la bajera, lo compramos todo y comenzamos a usarlo». Parecía un salvavidas. Una pequeña tabla en medio del mar. Pero, con los meses, terminó convirtiéndose en un motivo de felicidad para la familia. «Nos iba muy bien. Pero muy bien. Lo estábamos petando. Hasta que aparecieron los chinos. Cuando ves aparecer a uno, después a otro. Empiezan a hacer preguntas sobre el local. Nos preocupamos. Sabíamos lo que aquello significaba: querían comprar La mordida». Esta experiencia supuso un punto de inflexión para Yao. Le recordó lo mucho que le gustaba la hostelería. Sentado, en Pamplona, su mirada se detenía en el Uruguayo, en su época de lavaplatos nada más llegar a Madrid. ¿Quería venderlo? Lo cierto es que no estaba seguro.



Silvia junto a su hija, Ainhoa, su madre, Gloria y su cuñada en la Ciudadela de Pamplona.

Lo consultaron con una inmobiliaria. Les indicó un precio de venta. Si la oferta de los compradores superaba aquel precio, venderlo sin dudar un instante. A este buen argumento se juntó el malestar de Silvia.

Estaba muy cansada, agobiada. Tenía una familia, sí. Un hogar, desde luego. Su hija estaba feliz en el colegio y su esposo ganaba dinero con el local. Pero ella se veía cansada. Estaba exhausta del frenético ritmo de vida en el que se veía envuelta, y ya no tenía 18 años ni trabajaba en la Once de junio. Necesitaba a Yao al lado, pero ¿dónde podían encontrar un buen trabajo para él si vendía el local? Otra buena noticia. El dueño del Iruña se retiraba. No quería seguir dirigiendo aquello. Tenía a su sucesora más que elegida.

Silvia tomó el mando de la Panadería Iruña. Había hueco para otra persona. Alguien emprendedor, que supiera transformar aquel local a los nuevos tiempos que exigían una forma diferente de presentar el producto, de atender al cliente, de hacer el negocio. Sonrió mirando al billete. Yao vendió la mordida por un muy buen precio que superaba con creces la oferta. No tardó en sumarse a Silvia para transformar la cafetería. «Lo adaptamos todo para crear una cafetería de verdad. Los supermercados comenzaban a tener pan, así que teníamos que encontrar algo que nos diferenciara. Eliminamos la zona de tomates, pasta y demás y pusimos allí la barra para atender a los clientes. Detrás se ubicarían los mostradores con distintos tipos de pan y bollería. Intentamos crear un clima de hogar dentro del Iruña. Buscamos que la gente estuviera verdaderamente a gusto, cómodos».

Un sueño con horno de leña

Silvia resopló. Por fin. Ella y Yao trabajaban juntos en algo que les gustaba. Atender el café, conversar con la gente, preocuparse por ellos y por ofrecerles el mejor servicio. Desde que ella empezó en la Once de Junio y él en Explomin, habían intentado con todas sus fuerzas cuidar a las personas. Ahora podían dedicarse en cuerpo y alma para ese cometido.

Con las aspiraciones profesionales en su plenitud, deseaban culminar también sus sueños personales. Sus sueños como familia. Ainhoa tenía nueve años. «Empezamos a buscar el otro hijo y Silvia no quedaba embarazada». Un obstáculo en su camino. Ambos conocían de primera mano esa sensación de frustración, de querer y no poder. No se conformaban con nada. Sabían que todo aquello que deseaban llegaría, todo se reducía a una cuestión de esperanza.

Distraídos en Pamplona, Machala reclamó su atención. El padre de Yao estaba enfermo. Muy enfermo. El miedo de que su padre no venciera a la enfermedad pudo con Yao. Tenía que ir a verlo con Ainhoa. Aún no conocía a su nieta. Eso le daría fuerzas. Esa sería la única vez que viajó toda la familia a Ecuador. Qué recuerdos les suscitarían las calles de Machala, qué emociones volverían a atravesar al ver el aeropuerto de Quito, doce años después. «Mira, Ainhoa, allí trabajaba yo antes. Observa esto, aquí viví yo durante hasta los 23». Encontraban en ellos una curiosa sensación de orgullo al mostrarle todo esto a su pequeña. Ilustrarle cómo había sido la infancia en

“

Dejar Madrid supuso un golpe muy duro para mí, estaba super acostumbrada a vivirlo todo a lo grande”.

“

Yao y Silvia estaban orgullosos, apenas un año después de su llegada, podían decir que comenzaban a integrarse; tenían vivienda, trabajo, Ainhoa iba al colegio”.

la ciudad ecuatoriana, tan diferente a Pamplona les hacía sentirse vencedores ante todas las inclemencias, interiores y exteriores, que habían sufrido a lo largo de esos años.

Al volver del entierro del padre de Yao, él se guardó un par de contactos. Hacía años que quería abrir negocios en Ecuador, emprender en territorio amigo. Pronto advirtió que las reglas del juego en España, a las que fácilmente se había habituado, no se cumplían en su nación de origen. «Allí me parecían muy poco serios con el trabajo. Aquí resulta impensable que un arquitecto te haga una chapuza por pereza, o porque no pone todo su empeño. En España, cuando la gente se compromete a algo, lo cumple. Esa falta de seriedad me impidió abrir varios locales en mi país. Hubiera perdido dinero».

En el regreso a casa, a Pamplona, la mirada de Yao se tornó imperturbable. No solo por el luto, sino porque en su interior había tomado una decisión. No volvería jamás a Ecuador. Ya nada, exceptuando a su madre, Gloria, le ataba a aquella nación. «Imagínate llevar a mis hijos, que están acostumbrados a andar por la calle, a estar jugando por aquí, a obligarles a quedarse en casa por falta de seguridad. Paso, paso de eso. No vas a disfrutar, no vas a tener una vida tranquila. No pienso marchar para allá ni de vacaciones hasta que no mejoren las cosas». Silvia vigila a su marido. Sabe lo que piensa porque ella también ha escuchado ese rumor en su corazón. «Reina la inseguridad, y los políticos no hacen nada. El país está hundido. No me veo capaz de construir una vida como la que tengo aquí en Ecuador».

Hoy

Silvia se sienta. Yao barre la cafetería en un segundo plano. Después de contarnos toda su historia, varias veces, durante varios días, descansa y sonríe. ¿Te sientes inmigrante? «No». Yao se gira, él también niega con la cabeza. Silvia se explica. «Yo creo que, desde que llegué, el haber tenido un trabajo, el haber tratado con la gente como nos acogió, que lo hicieron muy bien, el haberme descubierto como una más, una española más, todo esto me ha hecho sentirme integrada». Ambos repasan mentalmente los distintos trabajos por los que han pasado: la Once de junio, Explomin, la licorería, El Uruguayo, la Oficina Universal de envíos, el Burger King, la constructora y, finalmente, el Café Iruña. Asienten, juntos, lo reafirman. El trabajar en España, rodeado de españoles, hablando con ellos, aprendiendo de ellos, riendo juntos, supone un factor elemental para su integración.

La mirada del otro. Cuánto hubiese tardado Silvia en llamarse a sí misma española si otra persona no se lo hubiese dicho. «Mucho». El ojo ajeno tiene la capacidad de crear unión al mismo tiempo que discordia. Ella, al igual que recuerda a las personas que la acogieron en Pamplona y que la impulsaron a aprender las expresiones, las costumbres, también recuerda a quienes no lo hicieron. «Lo recuerdo perfectamente, iba a comprar ropa al Casco Antiguo, el único sitio donde podías comprar ropa, pantalones... Entré a una tienda, y la dependienta me dijo: ¿qué quieres? Yo le respondí: Hola, buenas tardes, busco un pan-

talón. Su respuesta: No tengo pantalones para ti. Me vi, en medio de la tienda, enfadada y con algo de vergüenza: ¿No tienes en toda la tienda pantalones para mí? Ella volvía: No, no, no, no tengo y lo que tengo no te va a quedar bien, busca a otro sitio. Aquí mejor que no entres, ni toques la ropa. Otra vez también una persona me gritó desde un autobús un insulto terrible que no deseo ni decir».

Silvia sufre contando esto. Reconoce una salvedad, conoce la bondad generalizada de la sociedad española. Lo sabe por el mismo medio por el que lo ha aprendido todo en su vida, por experiencia. «Ahora hay mucha gente que viene a España a vivir del cuento, a aprovecharse del estado de bienestar, cobrar las ayudas y no trabajar. Eso no me suena a integración». Yao opina igual. No hay forma de integrarse si uno se niega a vivir bajo las reglas del juego. Hablando de reglas del juego, a Yao le gusta el fútbol. En un partido España-Ecuador, él lo tiene claro. Recuerda la celebración este último verano. Él va con España.

La mayor demostración de que Silvia y Yao se han hecho en navarros tiene nombre: Ezequiel. Con apenas siete años, él se siente navarro. Se indignaría si su padre llega a contestar que va con Ecuador. La plenitud de los sueños personales de los dos hecho niño. Unos sueños que comenzaron en la acera de Camilo Ponce Enríquez, que siguen con una rosa en un sobre, que transcurren en Madrid y que acaban en Ezequiel. En Ezequiel y Ainhoa.

Un mapa vacío. Así se puede resumir la vida de estos esposos ecuatorianos. Un mapa vacío que tiene un destino fijo: Pamplona. A Ezequiel le gusta jugar en la habitación de sus padres. Mira debajo de la cama. Encuentra una moneda. No parece un euro, más bien parece ecuatoriana. No puede comprarse chuches con ella, así que la tira hacia arriba, para observar cómo cae. Sale cruz. A él le gusta la moneda.

“

Qué recuerdos les suscitarían las calles de Machala, qué emociones volverían a atravesar al ver el aeropuerto de Quito, doce años después. ‘Mira, Ainhoa, allí trabajaba yo antes. Observa esto, aquí viví yo hasta los 23’”.

“

Yo creo que, desde que llegué, el haber tenido un trabajo, el haber tratado con la gente como nos acogió, que lo hicieron muy bien, el haberme descubierto como una más, una española más, todo esto me ha hecho sentirme integrada”.



Silvia y Yao con sus hijos Ainhoa y Ezequiel en Pamplona.

EL ABRAZO POSIBLE

Aurora Patús nació en Pamplona. Ibrahim Lmessely en El Cairo. Ella tiene 81 años. Él, 48. Ella estudió Historia, ha viajado por todo el mundo, y baila tango y salsa. Él predica en la mezquita de la Milagrosa, tiene una mujer, Ola, y dos hijos, Yousuf

IBRAHIM: Respeto y libertad. Esas son mis líneas fijas. Valoro mucho el respeto y la convivencia positiva con todos. Recuerdo que antes de venir por primera vez a España, hablando con un amigo que ya vivía aquí, me decía: Ibrahim, cuando llegues a España, estarás con cristianos. Tienes que crear buenas relaciones con todos. No queremos generar odio contra nadie.

Mi línea roja es el odio. No podemos fomentarlo entre las culturas. Soy predicador. Si dijera,

los cristianos hacen mal esto y esto otro, estaría fomentando malas ideas. Me gusta mucho observar, y he encontrado un ejemplo muy claro: cuando estamos en el aire, en un avión, suele haber entre los pasajeros muchas culturas y religiones. Y, en esa situación, todos tenemos muy claro que lo primero es la convivencia. Si pensáramos así en tierra firme, viviríamos bien.

AURORA: Yo soy cristiana, busco lo bueno de las otras personas. En todas las religiones siempre hay cosas buenas. Fíjate que yo tengo un hijo... ¡que se hizo budista! Pensaba que si eso le daba la paz, bien. Le encantaba. Luego ya lo dejó. Pero aprendió a captar lo bueno de todas las culturas. También de la musulmana. De hecho, me fijo en vuestros sacrificios, vuestras oraciones, me parece un esfuerzo tremendo.

I: Sí, hay muchos aprendizajes dentro de la oración. Por ejemplo, en la mezquita nos ponemos todos en la misma fila para orar. Cuando estamos en la misma fila, no hay pobre ni rico. Existe igualdad.

A: Sí, sí, sí, eso es muy bueno. Tenéis que ir a la Meca también, ¿no?

I: Sí, para promover la unidad entre los musulmanes. Entre los musulmanes hay españoles, franceses, estadounidenses, no tienen el mismo idioma, pero les une el sentido de peregrinación.

A: Como los cristianos, antes se iba a Roma. Eso ha cambiado, ahora todo el mundo va a Santiago de Compostela, se ha convertido en la nueva Roma.

I: Cuando vivimos el Ramadán, dejamos de comer durante un mes, desde el alba hasta la puesta del sol. Estás solo en casa, puede haber comida y agua cerca, pero no debes comer ni beber. Debes aprender a controlarte a ti mismo.

A: ¿Ves? Hay cosas en común. Nosotros tenemos la Cuaresma, parecida también. El no comer carne... Ahora es más fácil, pero antes era un sacrificio grande también.

I: El autocontrol es la base de

la educación.

A: Es la base de todo. Es que falta mucho autodomínio en el mundo de hoy, Ibrahim. Lo echo en falta. En mi época había más. Eran otras condiciones de vida, éramos todos muchísimo más pobres y los padres te enseñaban a no desear demasiadas cosas.

I: Además, no significa que si tengo hambre tengo derecho de robar. El problema del mundo: no hay autocontrol sobre nosotros mismos.

Respetar las normas

A: Esto debe ser como todo, Ibrahim, la teoría está muy bien. Luego habrá quién lo cumple y quién no, como nos pasa también a nosotros los cristianos, ¿no?

I: El problema es cumplir o no las normas. Si no se cumplen...

A: Sí. Ya sabes que siempre se dice que luego nadie cumple la ley. Me estoy acordando ahora de los virreinos españoles. Como estaban tan lejos, sí que había ley, ¡pero nadie las cumplía! Porque allá donde estaban, el rey no iba jamás. Claro, no se cumplía nada.

I: Lo que pasa es que los mandatos son diferentes de los seguidores. Se piensan de un modo, luego cada uno las aplica... Mi hija, por ejemplo, cuando sea mayor, no quiere ponerse el velo, y no podré obligarla. ¿Me entiendes? Ella ya no quiere. La relación con las normas es personal, es fe.

A: Creo que quizá el tema más duro es el de las mujeres. Vosotros las tenéis pues eso que hay que taparse lo tienes que entender. Es un tema un poquito más fuerte, pero...

I: Hay que entender la mente del otro. Comprender los porqués: ¿Por qué rezamos cinco oraciones cada día? También hay libertad. Cuando una mujer quiere vivir su vida como quiere, está en todo su derecho. También pasa que la política se mete de por medio. Por ejemplo, en España, Francia, los Estados Unidos, cada país quiere conservar su identidad.

A: El mandato divino que tiene ese país, claro.

I: Si los los españoles vinieran a Egipto para cambiar la cultura, los egipcios no querían. Entonces, tienes que ponerte en la situación del otro. Eso es la base de todo,

A: ¡Es un sabio este señor! Perdón, este chico.

[¿Aceptaríais que vuestro hijo tomara un camino distinto al vuestro?]

I: Si mi hijo hace algo contra nuestros valores, no lo voy a dejar de

y Omar. Se hizo del Real Madrid gracias a Luis Figo y las televisiones por cable de los bares de El Cairo. Ambos creen en Dios. Ella es cristiana. Él, musulmán. Les hemos invitado a tomar un café.

lado. Es mi hijo. Pero luego tendré que explicarle mi visión sobre lo que ha hecho. Él es libre. Siempre habrá un vínculo entre nosotros.

A: ¡Hombre, yo igual! Si mi hijo se metió a budista, imagina. El tema es que los hijos son contestatarios.

I: Mira, un día estaba en la mezquita con los jóvenes, y les preguntaba si necesitaban algo. Y uno me dijo: Quiero novia. Tenía 10 años.

A: (Abre los ojos como platos) Madre mía, qué ilusión, ¿no? Tiene 10 años y quiere novia. Ese viene fuerte, Ibrahim.

(Ibrahim se ríe y asiente)

I: El lugar en el que vivimos tiene un efecto en nosotros. La cultura española influye sobre todos los árabes que han nacido aquí. Muchas veces los jóvenes me dicen: no somos árabes, somos españoles. También me afirman que en casa, sus padres les dicen que son argelinos, marroquíes. Los hijos les contestan que sí solo para complacerlos. No se sienten de allí, han nacido aquí, esta es su cultura. Cuando España jugó contra Marruecos en el Mundial, en casa tuvimos un lío... (sonríe). Le pregunté a mi hijo: Omar, ¿estás con España o con Marruecos?, a lo que me contestó: Papá, no hay religión en el deporte.

“

Al conocerte, he descubierto que puedo encontrar gente así”.

A: Ay, qué saludo, qué saludo...

I: Eso es porque hay dos sentidos de la patria. Uno, el lugar en el que nacemos. Otro, el que escogemos.

A: Estoy totalmente de acuerdo. Mis hijos nacieron en Burgos y son de ahí. Se sienten burgaleses porque crecieron en Burgos. Mientras que yo soy de Pamplona y mi marido, de Tudela.

I: La idea general que tienen los inmigrantes que viven aquí suele ser buena. Para todos nosotros, este país es diferente de todo el mundo. Sobre todo, por el calor social. La acogida

de la gente. Me acuerdo que un amigo mío de Egipto que ahora vive en España, pero también vivió en Francia y Alemania, me dijo: Cuando vuelvo a España, encuentro mi vida. Me siento extranjero cuando estoy fuera de España.

A: Bueno, es que España es muy acogedora. Como hemos sido un crisol de culturas, desde el Mediterráneo hasta el otro extremo del mundo, y punteros para todo. Siempre hemos sido una mezcla de culturas, creo que lo llevamos dentro. Por eso, lo de las dos Españas se lo han inventado. Tenemos diferencias de por sí. Nada más.

[¿Alguna vez habéis sufrido o presenciado la discriminación?]

A: A mí no me ha pasado, pero sí a mi familia. Mi nieta nació mulatica, o sea, de color café. Su otro abuelo era un señor colombiano guapísimo, y nació, pues eso, café. Cuando la llevaba en el cochecito, mucha gente de Pamplona, me decía: ¡Uy, qué mona! ¡Claro, café! Ya cambiará. ¿Cómo que ya cambiará? Oye, pues es guapísima. Yo no quiero que cambie, quiero que siga así porque son mis críos. Ibrahim, el racismo está. Gracias a Dios, no tanto. Al menos, lo que veo yo. Otra anécdota, cuando mi marido estaba ingresado en el hospital de San Miguel, el enfermero que más le agradaba era Mustafá, un chico negro, buenísimo. Pues había señoras como yo que decían: No, no, el negro no. Eso me dolió, le tenía mucho cariño...

I: También he tenido situaciones así. Estábamos una mujer española y yo esperando en una parada de autobús. Llegó el vehículo, la mujer entró, pero el conductor me dijo que yo no podía pasar. Le pregunté: ¿Tienes vergüenza de mí?. No me dejó entrar. Es un detalle malo. Cuando hay igualdad, la hay con todos. El lugar de nacimiento no tiene que marcar la diferencia para nadie. Pero estos no son la mayoría de los españoles. Siempre son unos pocos. Otra anécdota graciosa, tengo un vecino que, en general, no saluda. Pero un día vino un poco sanferminero, estaba borracho. Me dijo: Mira, estás viviendo en tu país, no eres extranjero. Yo sé que estaba borracho. Cuando está sobrio hace como que no me conoce. Una persona borracha dice la verdad, se vuela ingenua, inocente, como los niños. Desaparecen las barreras.

[A ver si habrá que emborrachar a todo el mundo]



Ibrahim y Aurora al finalizar

I: Bueno, bueno (le cuesta hablar, no para de reírse). Es un buen método para acabar con el racismo.

A: Aquí ya se bebe suficiente, ¿verdad? De hecho, se bebe demasiado. Además, muy gratuitamente. No solo los días de semana. La gente toma una cantidad...

I: Pero fíjate. Volviendo al tema de la discriminación, pienso que nosotros, que trabajamos como maestros, tenemos que hacer disminuir ese mal. No quitar el mal porque siempre hay fallos. En todo el mundo hay ignorantes que tienen una mira da mala contra el otro. Piensan: porque estás viviendo aquí, porque no eres de aquí. No es que toda la gente sea mala. En los europeos, los árabes, los africanos, siempre hay gente que te trata como si la tierra solo les perteneciera a ellos. Pero no son la mayoría.

A: Sí, estamos en la misma onda. ¡Y, ojo, con una señora de 81 años! ¿Sabes de qué me he dado cuenta? Se nota que somos docentes los dos. Eso une mucho. Vaya, tú eres un docente total. Explicas maravillosamente, me da mucho gusto haberte conocido.

I: Hay muchas barreras en la imaginación y entre la gente. Nuestras actitudes son el reflejo de lo que está en nuestras cabezas, como un espejo. Si alguien te entiende mal, ya no va a crear vínculo contigo.

[Aurora, ¿qué imagen tenías de un Imán?]

A: A raíz de los atentados de Barcelona del 2017, mala. (Ibrahim asiente) Porque aquello fue... ¡Ay!



la conversación.

Yo sufría por si habían matado a mi familia, que tengo unos cuantos en Barcelona. Tenía una mala imagen. Pero he visto que nos parecemos más de lo que pensaba. Me gusta mucho que estés aquí, con estas ideas de respeto y libertad. Tengo las mismas. Bueno, yo soy cristiana, entiéndase, pero tenemos puntos en común. Más de lo que pensaba.

I: Me ha sorprendido que tienes la mente abierta. Ha sido curioso, he llegado a la cafetería el primero y he estado un rato solo. Esta cafetería es de gente de clase. La gente tiene dinero aquí. Sentía que me observaban, que no encajaba del todo con el tipo de cliente. Sentía incomodidad. Además yo no te conocía, y cuando has llegado...

A: ¡Claro! He llegado y he dicho, ¡este tiene que ser Ibrahim! Y he pensado: Bueno, bueno, qué señor más majo. A mí es que me gusta mucho hablar.

I: (se ríe) Me he sentido más tranquilo. La situación se ha vuelto normal. La gente no miraba tanto. Eres comunicativa y entiendes la forma de pensar del otro. Siento que quieres crear vínculos, tender puentes. Al conocerte, he descubierto que puedo encontrar gente así.



Ibrahim y Aurora charlando mientras se toman un café.

“

Mi hija, por ejemplo, cuando sea mayor, no quiere ponerse el velo, y no podré obligarla”.

Ibrahim Lmessely

“

Nuestras actitudes son el reflejo de lo que está en nuestras cabezas, como un espejo”.

Aurora Patús

ASÍ NOS VEMOS

El Colegio Público de San Jorge tiene un 90% de alumnos hijos de inmigrantes: la segunda generación. Niños de 8,9 y 10 años nos hablan de su familia, de su recuerdo favorito, lo que

quieren ser de mayores y lo que les gusta del colegio.

Mi recuerdo favorito con mi familia es...

Cuando vino mi tía y mi abuela a visitarnos a Pamplana desde Argentina.

Emran, 9 años

De mayor quiero ser...

Me gustaría ser pediatra porque no quiero que los niños se enfermen.

Divine, 10 años



Manal, 9 años



Thiago, 10 años

Mi recuerdo favorito con mi familia es...

Cuando tenía 3 años porque estaba en mi país con toda mi familia, y también porque iba mucho a la playa.

De mayor quiero ser...

Una persona valiente por que quiero enfrentarme a todos mis miedos.

Yeisi, 9 años



Daewing, 8 años



Jackfran 9 años

Mi recuerdo favorito con mi familia es... *Un día mi papá me llevó a ver un partido de el osasuna fc. Porque un jugador me firmo la camiseta.*

Isaac, 9 años



Yonluis, 9 años



Anomar, 9 años

Lo que más me gusta de Colegio es...

Escribir historias

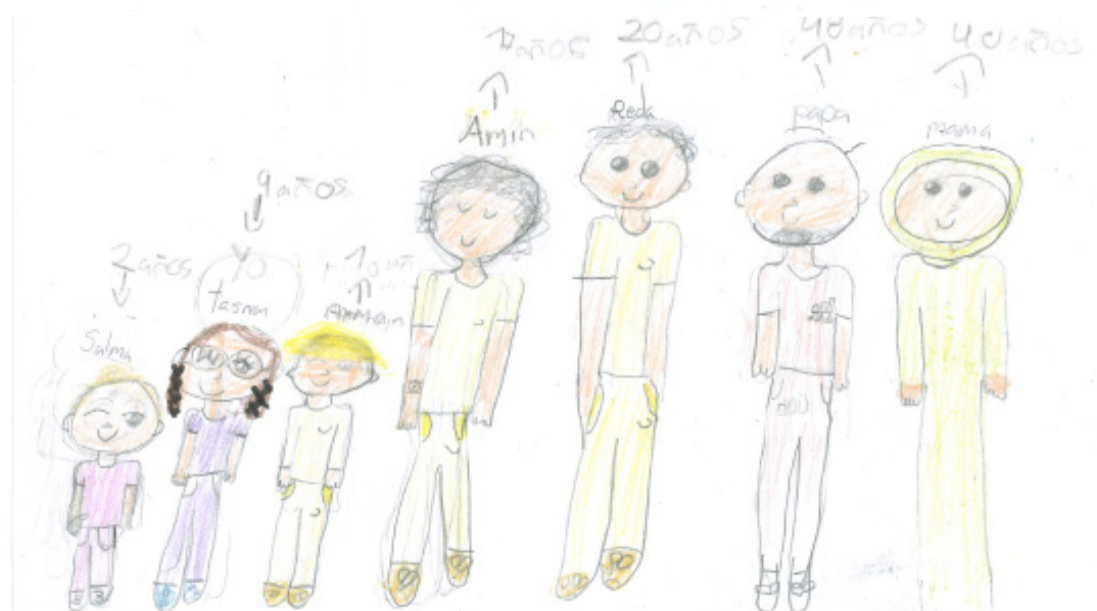
Jackfran, 9 años

Si tuviera que arreglar algo del mundo sería... *Me gustaria arreglar el destrozo que está habiendo en el mundo porque no me gusta lo que está pasando por ejemplo la zona de Valencia y todas las guerras.*

Isaac, 9 años



Adrian, 9 años



Tasnim, 9 años

CARTA DEL DIRECTOR

La historia de Silvia y su familia es la perfecta ilustración de la vida inmigrante. Ella, ecuatoriana, se fue de su país en busca de una vida mejor, como tantas personas que llegan, año tras año, a España. Llegan con el peso de sus mochilas y el peso de los prejuicios. Parece inevitable no generalizar.

La historia de un migrante no suele encajar con los mitos que se le vinculan. La realidad muchas veces es contraria a las impresiones que creamos en nuestra cabeza. El inmigrante abandona su propia casa, llega a un país y cultura ajenos, emprende en un negocio del que sabe poco o nada y lo único que pide, como una súplica persistente, es una puerta abierta. Una puerta que él no puede abrir. Para abrir esa puerta, se necesita de la ayuda de una mano amiga. Los inmigrantes miran a su alrededor, buscando una mirada amiga, una que no la prejuzgue, sino que la acoja.

Las historias de los inmigrantes, los motivos por los que viajan, la razón de sus actitudes al llegar, no están nunca pintadas en blanco o negro. Historias únicas, tan genuinas que es un imposible trazarlas con una brocha gorda. Este suplemento pretende dibujar con pincel de punta fina. Desmenuzar los mitos que dibuja la ignorancia. Plasmar vidas con todos sus matices. Abrir la puerta con nuestra mirada.

SUMARIO

2 UNA PUERTA QUE SE CIERRA

EL VIAJE

4 DATOS MIGRATORIOS

6 ABECEDARIO DE RECUERDOS

LA LLEGADA

12 «NUNCA VOY A SER ESPAÑOLA»

14 CUATRO PERSONAS EN 9 METROS CUADRADOS

16 DETRÁS DE LA MESA DE LOS PERROS

LA INTEGRACIÓN

22 EL ABRAZO POSIBLE

24 ASÍ NOS VEMOS

Iñigo Goñi

Hombeline Ponsignon

Andre Quispe

Maria Saldaña

Carlota Pulido

Amaia Recalde

Mariana Guanaes

Ferran Serveto

Marifer Robledo

Sonsoles Barainca